

Oberlin

Digital Commons at Oberlin

Honors Papers

Student Work

2018

De pura cepa: Seis cuentos de Puerto Rico, 1548–2017

Rita M. Pérez-Padilla
Oberlin College

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.oberlin.edu/honors>



Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#)

Repository Citation

Pérez-Padilla, Rita M., "De pura cepa: Seis cuentos de Puerto Rico, 1548–2017" (2018). *Honors Papers*. 172.

<https://digitalcommons.oberlin.edu/honors/172>

This Thesis is brought to you for free and open access by the Student Work at Digital Commons at Oberlin. It has been accepted for inclusion in Honors Papers by an authorized administrator of Digital Commons at Oberlin. For more information, please contact megan.mitchell@oberlin.edu.

De pura cepa

Seis cuentos de Puerto Rico, 1548 – 2017

Rita M. Pérez-Padilla

Hispanic Studies

Oberlin College

2018

Introducción

En julio del 2017, mis padres, mi hermano y yo fuimos a Puerto Rico en nuestro tradicional viaje de verano. Durante una visita a la casa de mi abuela paterna, ella sacó un libro grandísimo y lo puso en la mesa de comer para enseñárnoslo. Adentro tenía página tras página de retratos, artículos de periódicos, documentos legales y transcripciones de la corte. Todo aquello giraba en torno al tío de mi abuela; cincuenta y tantos años de archivos. Algunos de los recortes de periódicos tenían otras noticias pegadas en su reverso. Por ejemplo, una noticia que incluía al tío de mi abuela, tenía otra sobre la segunda guerra mundial y sus consecuencias en la parte trasera. Pensándolo retrospectivamente, puedo decir que vi en esas páginas no solamente un fragmento de la historia de mi familia *en* Puerto Rico sino también fragmentos de la historia de Puerto Rico *en el* mundo. Este proyecto, de cierto modo, es un intento de reflejar lo que aquella escena me mostró; una forma de reconocer que las historias “grandes” y “pequeñas” no se deben, ni pueden, separar.

En la introducción a su libro de ensayos, *Create Dangerously: The Immigrant Artist at Work* (2010), la escritora haitiana Edwidge Danticat reflexiona sobre su rol como escritora inmigrante y como partícipe de la diáspora haitiana en los EEUU. Danticat argumenta que su rol como “artista inmigrante” consta de preservar la memoria de sus antepasados, de su nación, y de su comunidad. Para ilustrar esto, Danticat recurre a la historia de la ejecución pública de Marcel Numa y Louis Drouin, dos revolucionarios haitianos que nacieron en Haití, escaparon a los Estados Unidos cuando jóvenes, y, luego, regresado a Haití para juntarse a una guerrilla en contra del dictador. Mientras Danticat narra esta historia, poco a poco, comienza a incluirse a sí misma y a su familia en la narrativa al mencionar el video que tiene ella de las dos ejecuciones.

A través de la revisión del video, Danticat subraya cómo esta ejecución influyó la vida de sus padres y a su entendimiento de su identidad. Así, aún en su manera de escribir, Danticat establece la conexión entre la historia nacional y la historia de su propia familia.

Para entender esta anécdota y ciertas áreas de su propia historia y linaje, Danticat tuvo que buscarlas por sí misma, a través de textos históricos y ficcionales. Algunas partes de su historia existían en la esfera pública, incluso la historia de las ejecuciones públicas de los dos revolucionarios. Este suceso existía fuera de su propia vida pero “it still feels present, even urgent... [they] were patriots who died so that other Haitians could live. They were also immigrants, like me” (Danticat 7). Este evento histórico y público que vivió a través de libros de historia también fue un evento privado para su familia y otros compatriotas, quienes lo vivieron en carne propia. Para Danticat, este evento la lleva a pensar en la expulsión de Adán y Eva del jardín en tanto a que Marcel Numa y Louis Drouin fueron “expulsados” a través de su exilio, primero, y, luego, a través de su ejecución (5). De este modo, la ejecución pública de los dos hombres se convirtió en un tipo de mito de creación para Danticat: una historia que obsesiona al escritor o al artista, que existe más allá del límite de la vida del escritor pero aún representa algo muy personal para ellos. El mito de creación es una manera en que el escritor encuentra un enlace inseparable entre su propia vida y la historia de un país o una cultura.

Me imaginaba este proyecto de manera similar, como la articulación de una historia familiar que también fuera una historia cultural y/o nacional de Puerto Rico y su gente. Una historia pública y privada que incluyera a españoles recién llegados a la tierra de los indígenas o migrantes puertorriqueños recién llegados a los Estados Unidos. Empecé con la investigación histórica. Ya sabía según mis experiencias en otros proyectos y estudios que encontraría el límite

a la imagen de la vida que se podría transmitir entre datos y fechas y estadísticas. Por esto y para conocer también la obra de mis antepasados, leí obras de escritura creativa escritas en y sobre las épocas que yo estudiaba. Escribir sobre momentos tan breves y auto-contenidos — casi todos los cuentos en esta colección ocurren dentro de unos días o semanas — hace que el escritor inmigrante se vea obligado a trasplantarse e imaginarse cómo pensaba la gente — *su* gente — en ese momento histórico específico. Quise explorar no solamente cómo representar esta experiencia en una manera históricamente acertada sino también cómo otros escritores han intentado lograr lo mismo.

En ese transplantarme, también, me preguntaba si los personajes en estas páginas tuvieron experiencias compartidas con las de mis antepasados. Ningún evento que ocurre en los siguientes cuentos se ha escrito exactamente como un evento de la vida real. Sin embargo, se han escrito con la intención de reflejar las experiencias familiares de muchos de nosotros. Parte del proceso de escritura para este proyecto fue aprender la historia de Puerto Rico y de los puertorriqueños. A veces fue fácil encontrar esta información. Confieso, por ejemplo, que para el último cuento utilicé primariamente mi experiencia personal y las experiencias de mi familia para informar qué ocurrió (y qué ocurre todavía) después del huracán María. Pero en otras situaciones no existe la información. Por supuesto, no es posible que un proyecto de un solo año investigue cómo fue la vida diaria de todas las personas de todas las razas, castas, géneros, clases sociales, etc., en cada época de la historia puertorriqueña. Tampoco es posible saber cómo fueron los primeros encuentros entre los indígenas y los españoles de otras perspectivas que no sean, por ejemplo, las de Bartolomé de las Casas o Cristóbal Colón. Sin embargo, es ahí cuando entra el artista inmigrante al juego. Danticat sostiene, en otro ensayo de la misma colección, que la

escritora inmigrante existe en una pelea eterna entre la memoria y el olvido: “What is left is longing for something we are not even sure we ever had but are certain we will never experience again” (65). Existir en una diáspora muchas veces significa existir con cierta distancia del contexto de origen.

Para explorar estas preguntas de identidad, familia, e historia, quise usar el medio de la escritura creativa. En su artículo sobre la literatura de algunas diásporas asiáticas, la académica Morris-Suzuki argumenta que el arte y la escritura creativa en específico pueden servir como forma de análisis para preguntas que no necesariamente se pueden contestar (235). El mundo académico tradicional suele hacer preguntas y responderlas con argumentos claros y sólidos. Por el otro lado, el mundo de la ficción puede preguntar y proponer varias respuestas, explorar las opciones, y dejar que el lector decida por sí mismo qué es lo más importante y cómo quiere resolver el asunto (245). Además, usar esta técnica para hacer preguntas sobre una diáspora hace posible mostrar las experiencias de ambos “lados” de la diáspora y explorar la creación de la diáspora a través de la historia.

Un ejemplo más apto a las diásporas caribeñas se encuentra en el ensayo “Caribbean Crossings” del académico Latorre que compara la obra de la escritora puertorriqueña-de-Puerto-Rico, Ana Lydia Vega, con la de la escritora dominicana-de-Nueva-York, Julia Álvarez. Ambas escritoras han explorado la historia de la diáspora y de la identidad de una nación a través de asuntos históricos, particularmente con un ojo hacia las historias de personas marginalizadas. Para ambas, la escritura creativa como método de investigación les permite proponer historias posibles sin tener los datos específicos para argumentar qué ocurrió específicamente. Por ejemplo, nuestro conocimiento de las culturas indígenas que ocuparon gran parte del Caribe

antes de la llegada de los europeos se confina a lo que podemos encontrar en crónicas de los primeros europeos, investigaciones arqueológicas, y otros métodos de investigación rigurosa.

Ana Lydia Vega explora este problema a través de su novela-colección, *Falsas crónicas del sur* que se basa en entrevistas e historias orales de Ponce, y Julia Álvarez lo explora en su libro *En el tiempo de las mariposas*, una versión ficcional de las vidas de las hermanas Mirabal.

Además, Ana Lydia Vega misma argumenta que éste deseo de querer entendernos es, en sí, un deseo esencialmente puertorriqueño (104). Con ello, quiere insistir en el hecho de que el querer conocer la historia nacional, cultural, o familiar es un anhelo extremadamente popular en una isla que ha sido colonia por más de quinientos años, que ha cambiado de manos varias veces y cuya sistema de educación todavía se enfoca en la historia española (102). Este deseo de entender la historia a través de una combinación de literatura e historia está extremadamente presente también, tanto en la obra de Ana Lydia Vega misma como en la de otros escritores puertorriqueños de su época, como Manuel Ramos Otero y Rosario Ferré. A través de la literatura, tanto el escritor como el lector pueden empezar a entender quiénes son, de dónde vienen, y cómo llegaron ahí.

Una de las obras que más inspiró las ideas centrales de este proyecto es la novela *Kindred*, de la escritora negra de ciencia ficción Octavia E. Butler. La personaje principal, Dana, es una mujer negra de veintiséis años quien, en el 1976, viaja a las primeras décadas del siglo XIX por medio de una “conexión” con un hombre blanco dueño de una pequeña plantación. A través de la novela, ella descubre que él es su bisabuelo, y que su bisabuela era fue mujer negra libre que él esclavizó. Nunca se explica cómo es que viaja al pasado, y en los momentos que regresa al presente pasa su tiempo paranoica por la posibilidad de viajar al pasado en cualquier

momento. La historia enlaza irreversiblemente a la personaje principal del 1976 — el presente del libro, que se publicó en el 1979 — con sus antepasados de manera que el presente y el pasado se vuelven indistinguibles para la protagonista.

En un ensayo sobre este libro, David LaCroix argumenta que el libro nos demuestra no solamente que el presente existe por causa del pasado, sino que “the present is implicated in the past, insofar as one tends to reconstruct the past in the present’s image (113). Nuestro entendimiento de los eventos pasados se basa en nuestros intentos de explicar cómo llegamos aquí, al momento presente. En el libro, Dana solamente puede conocer su propia historia por medio del elemento de ciencia ficción del libro: el hecho de que viaja a otra época y otro lugar. No puede escapar su pasado como nosotros no lo podemos escapar tampoco; pero a la misma vez, ella lo experimenta de una manera física e inmediata que no es posible para nosotros. Mi proyecto quiere lograr algo similar: atravesar los años y colocarnos frente a frente a nuestros antepasados. Quiere ofrecer una aproximación a nosotros a través de las historias de nuestros padres y las historias de nuestros países. Más que nada los cuentos que siguen son un intento de entender Puerto Rico y su gente mediante la imaginación, de poner al pasado y el presente uno al lado del otro y así conceptualizar de manera más potente una isla entera.

Llegamos entonces a una de las razones por la cual escogí mi título, “de pura cepa.” La frase normalmente se usa en Puerto Rico para describir algo o alguien que es “puro” en el sentido de que tiene una sola raíz. Lo uso irónicamente ya que parte del punto de este proyecto es investigar cómo cambian las conceptualizaciones de raza y etnicidad en diferentes épocas y enfrentar la idea de que la supuesta raza puertorriqueña es una mezcla armónica de otras. Con este título quise llamar atención a este binario disonante: la necesidad de ser mestizo (o,

"mezclado") para entonces ser “puramente” puertorriqueño. A la misma vez, el proyecto en sí, la investigación genealógica, mediante la historia o la literatura, de las raíces de la familia es un elemento recurrente en la tradición e imaginación puertorriqueña, y por eso se podría decir que mi proyecto en sí es una obra puertorriqueña “de pura cepa.”

Los cuentos que conforman este trabajo participan del tropo de “la gran familia puertorriqueña,” en el cual el mestizaje se usa como dispositivo que crea un Puerto Rico que ya no tiene afrodescendientes, indígenas, o españoles criollos, sino que tiene únicamente “puertorriqueños,” y que cada puertorriqueño tiene raíces africanas, indígenas y españolas. Hay dos problemas grandes que surgen de este tropo. Primero, sugiere que ya no existe un puertorriqueño negro, lo cual es obviamente falso, al mismo tiempo que borra también cualquier grupo migrante que haya llegado a Puerto Rico desde entonces. El segundo problema, y quizás el más importante en el contexto de este proyecto, es que la existencia de la imagen de la gran familia puertorriqueña crea una norma que sugiere que toda familia puertorriqueña existe de la misma manera, que todos tenemos las mismas raíces. También, este tropo suele valorar la experiencia de los antepasados oprimidos más que de los opresores, borrando así cualquier posibilidad de conflicto o complicidad del pasado familiar (Alamo-Pastrana, 11–12).

Decidí utilizar el tropo de una familia puertorriqueña porque provee una estructura simple y útil desde la cual escribir cuentos y conectar las épocas. Además, quise investigar cómo cambia el entendimiento de la raza dentro de una sola familia para también entrar en preguntas sobre qué tienen en común estos personajes en épocas diferentes y cómo se entenderían los unos a los otros. Nuestra percepción de la raza, la etnicidad, y la nacionalidad cambian con el tiempo. Es obvio que una familia criolla que es dueña de una hacienda se definiría de manera diferente que

una familia de afrodescendientes que trabajó en la misma tierra, pero las líneas de nuestra sociedad no son tan claras: los mismos conflictos existen dentro de una familia o una comunidad, y quise explorar esta dinámica para complicar la narrativa de estos conflictos. Por eso decidí entrar al mismo tropo que critico, con la esperanza de no repetir los descuidos de antes.

El primer cuento de la colección toma lugar en el año 2010. Este primer cuento parte de la experiencia de la diáspora joven, los puertorriqueños que nunca han ido a o vivido en la isla, que no saben español y se encuentran a cierta distancia de la familia que se quedó en Puerto Rico. Quise preguntar acerca de la importancia del lenguaje para la identidad— la narradora, Alejandra, siente que es puertorriqueña de todas formas, pero también siente cierta vergüenza al ser la única de la familia que se encuentra frente una barrera idiomática. De manera similar a *Kindred*, quise mostrar un personaje que no sabe muchos de los detalles de su propia historia. Además, entré un poco al tema de los puertorriqueños que se van de la isla, que exploré más en los últimos dos cuentos. De cierto modo, este cuento contextualiza la colección y presenta algunos de sus temas principales de la época presente: querer reconectar con un patrimonio cultural, cuestionar las ideas normativas de la nacionalidad y investigar cómo uno puede navegar su identidad en una diáspora.

Después de esta introducción, volví al punto más lejano en el pasado: el año 1548, cuando la isla todavía se llamaba San Juan y la sociedad europea a penas empezaba a establecerse en las Américas. En este cuento incluí personajes de las tres raíces: un africano esclavizado, un grupo de indígenas en encomiendas, y colonos españoles y criollos. Quise enseñar un momento del establecimiento del país, incluso de la llegada de los españoles y las muertes de los indígenas. El cuento gira en torno a las ideas de la época que existieron dos

grupos de indígenas en el Caribe: los buenos y los malos, lo que hoy llamaríamos los taínos y los caribes. Para contextualizarlo bien, recurrí a una investigación reciente que se publica en el libro *Surviving Spanish Conquest* (2017), en la cual Karen Anderson-Córdova propone varias ideas nuevas sobre la experiencia de los indígenas de Puerto Rico y el Caribe en la época de la conquista. Históricamente, el grupo indígena de los "caribes" tenía una reputación como guerreros y caníbales, mientras los taínos, sus enemigos, eran presentados como pacíficos. El libro discute cómo estas narrativas son construidas e investiga cuáles eran las diferencias entre los caribes y los taínos. Recalca que hay muchos datos incorrectos que tomamos como suposición y muchos datos que no podemos saber. Por ejemplo, la palabra "taíno" en referencia al grupo indígena no apareció hasta el siglo XVIII; es decir, no era la palabra que usaban esta gente para si mismos (Anderson-Córdova, 1–14).

De entonces brinqué casi trescientos años hacia adelante, hasta llegar al el siglo XIX para mostrar unas escenas de la era de la esclavitud. Este es el cuento que cambió más que a todos, ya que empezó con un trama completamente diferente. Además de la violencia inherente del cuento, quise enfrentarme con la diáspora dentro de la diáspora del cuento: las diferencias entre los afrodescendientes y los africanos recién llegados en cuanto a sus experiencias y perspectivas. Si queremos reclamar que somos una gente mestiza, tenemos que reconocer también que gran parte de nuestro mestizaje probablemente tiene un origen en la violencia sexual durante la esclavitud y el genocidio de los indígenas. Tenemos que reconocer también que los perpetradores de estas violencias también son nuestros antepasados.

Justo después de la guerra hispano-estadounidense y el Tratado de París del 1898, muchísimos cambios afectaron a Puerto Rico, incluso buenos y malos. La educación crecía y se

hacía más viable para la población general. Empresarios estadounidenses llegaban para buscar negocios, e incluso para traer la industrialización. Esto crea un conflicto implícito entre el campo y la ciudad, las haciendas y las fábricas. Quise explorar ésto de la perspectiva de un niño para ver cómo alguien que realmente no entiende lo que pasa alrededor suyo se acerca a este entendimiento. Además, me dejó explorar las diferentes perspectivas de él, sus dos hermanos menores, y su hermana mayor.

Para el penúltimo cuento, quise representar la gran migración puertorriqueña de los años cincuenta para problematizar la narrativa de que él que se va de Puerto Rico abandona su tierra y su gente. Además, los años cincuenta y sesenta en los Estados Unidos incluyen el movimiento de Derechos Humanos y otros eventos importantes en torno a la raza y el racismo. Éste es el cuento en el cual los personajes enfrentan más directamente como ellos mismos perciben su raza en contraste con cómo su raza se percibe según otros, sean americanos estadounidenses u otros puertorriqueños. Durante la época, se crea la narrativa de que, en contraste con los EEUU, no existe el racismo en Puerto Rico, y por eso Puerto Rico es superior — la cual es una narrativa muy común (Alamo-Pastrana, 6). Intenté replicar esta narrativa y también complicarla, al enseñar que el racismo sí existe en Puerto Rico, aunque de manera muy diferente que en los EEUU.

El último cuento toma lugar en el año 2017, el mismo año en que lo escribí. Al empezar este proyecto, pensé utilizar el último cuento para volver a la misma narradora de *2010*, Alejandra, y explorar su investigación sobre cómo hablar de géneros no-binarios en español, un tema que yo también he investigado. Sin embargo, después del huracán María en septiembre, cuyas consecuencias duraron el resto del año y aún hasta el día de hoy, tuve que escribir sobre él.

Como dice Danticat sobre su viaje a Haití dos meses después del terremoto del 2010, “From now on, there will always be the Haiti of before the earthquake and the Haiti of after the earthquake. And after the earthquake, the way we read and the way we write, both inside and outside of Haiti, will never be the same” (162). Igualmente, la manera en que entendemos y escribimos sobre Puerto Rico cambió enteramente con María, y este cuento toma lugar en medio del enfrentamiento con esta realidad.

El que tiene familiaridad con la historia de la isla sabrá que en esta colección faltan muchos momentos importantes, entre ellos momentos políticos como el Grito de Lares en 1868, las protestas en Vieques empezando en 1999, la Constitución de Puerto Rico de 1952, la abolición de la esclavitud (1873), la llegada inicial de Cristóbal Colón (1493), toda la época del siglo diecisiete y el dieciocho, y muchos, muchos más. Todos estos quedan como tareas pendientes, espacios para proyectos creativos futuros o cuentos adicionales para esta misma colección.

Como el mito de la creación de Danticat, para la culminación de mis estudios en Oberlin quise establecer un mito de creación para la familia de los cuentos que siguen. Danticat nos dice que cada artista inmigrante tiene “several stories that haunt and obsess them,” y creo que puedo decir con seguridad que la historia de Puerto Rico y de mi familia siempre será uno de esos para mí (5). Con *De pura cepa*, continuo con la obra de mis antepasados y ofrezco este intento de viajar a través del tiempo para entendernos tanto como sea posible.

2010

Fue la primera vez que fui. Por supuesto que me emocioné bastante, después de tanto hablar e imaginar cómo sería. Pero íbamos para lo que pensábamos que sería la muerte del tío de Mami. Resulta que no murió en ese viaje y yo regresé para la escuela y Mami se quedó para el funeral.

Aterrizamos, el avión entero aplaudió, y yo aplaudí con ellos. Fuimos directamente al hospital con las maletas y todo. Me habían dicho que Mami se bajaría y Titi Mari me guiaría a casa, pero a la hora de la verdad nos parqueamos y entramos al hospital en grupo. Cuando les pregunté por qué, Mami me calló con un gesto de la mano.

El primero en encontrarnos fue otro “tío” que aún hoy día no sé cómo se relaciona a la familia, Nuño. Hermano o esposo de alguien, supuse. Tenía una voz como lija, áspera e irregular pero bastante callada. Me dijo que hola, que tanto tiempo, que mira que grande estás, ¿que casi terminas la secundaria ya? qué cosa, ¿cómo pasan los años, eh? Usó mi nombre de varón, lo cual me distrajo y no supe cómo responder. (No era su culpa—él no sabía, ni Mami tampoco, y yo apenas empezaba a entender en esos días—pero sentía un nudo en el estómago como quiera.) Cuando no le respondí me preguntó si todavía hablaba español. Le dije que “sí” pero Titi Mari dijo que bueno, que ya vamos, que no vinimos para charlar y no tuve tiempo para decir nada más. Por suerte, porque ya no sabía qué más decir.

Tomamos el elevador hasta el quinto piso. Íbamos para el tercer cuarto a la derecha.

Tío Carlos tenía ya más años que yo días en la vida. Creo que le había tocado un cáncer o algo así, la verdad es que era otra cosa que tampoco entendía en esos días y aún no tengo la suficiente cara dura para preguntar y así admitir que no estuve pendiente cuando pasó. Nunca lo

había conocido antes de ese viaje y no sería justo decir que lo conocí entonces tampoco: nunca nos dirijimos la palabra, y él habló muy poco con Mami.

Entramos y estaban Abuela y Abuelo en el cuarto, con Titi Mari y Nuño y Mami, y por supuesto estaba Tío Carlos. Dormía en ese momento. Abuelo vio a Mami y la abrazó y dijo que qué bueno verla pero qué malo que era a causa de todo esto. Me vio a mi y me abrazó y me dijo que estaba “very triste” pero que en verme se sentía mejor. Abuela estaba y pensé que sería un alivio hablar con ella en cuan poco inglés sabía, pero ni se paró de su silla al lado de la cama ni nos miró. Cuando Mami le dijo hola, nos miró como si saliera de un trance, y nos sonrió y dijo, “Hola, hija. Hola, mi vida.” Y regresó al trance. Miraba la ventana sucia con las manos quietas en su falda y casi sin parpadear.

Me senté en una silla en un rincón al lado de un televisor por el cual Nuño pagó extra para ver las noticias políticas. Hasta ese momento todo había ido muy rápido: habíamos comprado los pasajes hace dos o tres días, empaqué la maleta en muy pocas horas, y nos fuimos sin pensar en los boletos de regreso. Pero al llegar al cuarto, el ambiente primero paró y cuando recomenzó, continuó lentísimo. Yo me quedé en mi rinconcito con el trabajo que traje de la escuela, casi muriéndome del calor. Abuela en la silla al lado de la cama. Mami y Abuelo uno a cada lado de la cama, sus voces calladitas mientras Nuño y Titi Mari entraban y salían mil veces. Y Tío Carlos allí en la cama.

Parecía que el cuarto entero entraba en el trance de Abuela. En un momento intenté participar en la conversación de Mami y Abuelo, pero no entendí lo suficiente para seguir el hilo. Cuando me hablaban a mi, hablaban demasiado rápido y entendía aún menos. Empecé a pensar

que quizás el trance de Abuela sería un estado mejor que el de querer estar presente y no poder lograrlo.

Nos fuimos a la casa de Nuño para una cena esa noche. En el hospital sólo dejaban que se quedara una persona a la vez durante la noche. Abuelo se quedó con Tío Carlos. Cuando llegamos a la casa de Nuño, Tío Lorenzo y su esposa y sus dos hijos gemelos ya estaban y tenían casi lista la comida. Poco después de nuestra llegada, llegó un ejército entero de familia: Titi Diana y Tío Juancho y mi primo Héctor (a quien nunca había conocido antes), y Titi Carla y Titi Lina y otros dos tíos que todavía me confunden. Estaban todos. Mi primo Héctor —así Mami siempre lo llamaba, “tu primo Héctor,” como si hubiera algún otro Héctor que no era mi primo —terminó sentado al lado mío y con los pedazos de inglés que sabía de su colegio intercambiamos algunas frases. Pero después de muy poco, las cosas que sabíamos decir y entendíamos se acabaron, y mi primo Héctor se olvidó de mí y se viró para hablar con ellos, y yo me quedé allí comiendo mi arroz como si nada. Hasta Abuela había salido del trance un poco después de abandonar el hospital. Mami hablaba con Titi Mari y Titi Lina y se reían las tres juntas. Las miré y las imaginé así de niña, juntas en la casa de Abuelo, o en la finca de Tío Carlos allá en las montañas donde iban algunos fines de semana. Las tres famosas hermanas entre todos los primos, juntas ya fuera en la boda de Tío Juancho y Titi Diana o en el funeral de mi bisabuela o ahora mismo mirando hacia la tumba de Tío Carlos que se acercaba. Y yo en el medio de tanta familia y de ellos solo conocía a mi madre.

Y así terminó la noche. Me fui al baño (después de encontrar la suficiente valentía para preguntarle a Mami dónde estaba en inglés y así admitir indirectamente que no hablaba español) y lloré unos quince minutos hasta que Mami me mandó un texto para preguntar si estaba bien. Casi tiré el teléfono.

Mientras lloraba me decía que quizás era por el viaje largo, el día que había empezado en el aeropuerto a las seis de la mañana y aún a las diez de la noche no terminaba, el estrés del hospital y el vaivén de tantas personas. Sabía que me mentía.

Me lavé la cara para que no se me vieran tan rojos los ojos y los cachetes. Antes de irme al baño habían terminado la comida y empezaba el café. Cuando regresé, mi primo Héctor y sus papás se habían ido. Noté que Nuño estaba un poco borracho. Uno de los dos gemelos peleaba con la esposa de Tío Lorenzo, mientras él se reía con Tío Luis. Titi Carla se despidió y justo cuando salió de la casa Titi Lina y Titi Mari empezaron a contarle a Mami todos los chismes de Carla que Mami se había perdido por no estar en la isla. Tuve ganas de regresar al baño y encerrarme allí hasta que volviéramos a casa y fuera posible perderme en un mar de no-boricuas, donde escuchaba los cuentos de Mami pero nunca tenía que enfrentar nada de esto personalmente, como si fuera parte de la audiencia y no del programa.

Mami me preguntó otra vez si estaba bien, ahora en español, como si ni siquiera supiera que yo solo era capaz de entender una de cada tres palabras que se habían dicho durante el día entero. Asentí con la cabeza y me quedé sin decir nada.

Nos quedamos allá una semana. Cada día llegaba más gente al hospital y cada día preguntaban por mí y ya no disimulaban y alguien explicaba que no, que Ale no habla mucho español, no es como la madre que siempre le hablaba a todo el mundo aún a los desconocidos, tú sabes cómo son las cosas por allá. Si es cierto que no entendí mucho, también es cierto que después de tantas conversaciones repetidas hasta yo era capaz de comprender.

El quinto día Tío Carlos se despertó. Eran como las ocho de la noche. Sólo estábamos los cuatro, mis abuelos y mi mamá y yo.

El cuarto se hundió en un silencio de inmediato. Tío Carlos miró a Mami y le dijo que era como la reina alegre de siempre, y todos sonrieron. Hizo una pausa y añadió que sí, la reina que se fue y se llevó las sonrisas.

No entendí a qué se refería. Mami se puso de pie y se fue del cuarto sin decir palabras. Abuelo le dijo algo súper rápido a Tío Carlos y solamente escuché el “por qué” del principio de la frase. Abuela siguió a Mami. Yo no tenía ánimos para escuchar por primera vez uno de los infames argumentos entre los hermanos Soler, particularmente porque sabía que se olvidarían de mi presencia, las seguí a ellas dos.

En el pasillo sólo vi el pie de Abuela cuando dobló al otro pasillo. Titi Mari apareció de la nada (pensé que se había ido hace horas) y me paró y me preguntó que si estaba bien. Le dije que sí. Se me olvidó la palabra “seguir,” pero apunté hacia donde se habían ido Mami y Abuela.

“No puedes seguirlas, mi amor.”

“¿Por qué?”

Trató de explicar la historia que conozco ahora, que había una pelea bastante seria entre Tío Carlos y Abuelo y Abuela cuando Mami se casó y se fué de Puerto Rico. Ellos tres con

Mami no habían estado en el mismo cuarto desde entonces y jamás habían hablado del asunto en grupo. Al llegar a la tercera frase del cuento, Titi Mari vió que yo todavía la miraba con confusión, y suspiró lentamente.

“Ven.” Caminamos a una sala y nos sentamos en un sofá al lado de una máquina de refrescos. Esperó que un hombre se fuera del cuarto, y me habló despacio. Me dijo que ya tenía la edad para aprender las cosas de la familia, y que creía que nos funcionaría si ella me hablaba en español y yo le hablaba a ella en inglés. Tenía ganas de empezar a llorar.

Según Tío Carlos, mi padre (a quien llamaba “el americano ese”) había robado a mi mamá de su país y en irse con él Mami había escogido un lado y había traicionado algo sagrado en la familia. Habían otros que se habían ido de Puerto Rico— conocimos a unos primos de Ohio que vinieron a visitar por dos días. Aparentemente ellos no traicionaron la familia como lo había hecho Mami.

Al fin del cuento Titi Mari me dijo que me lo contaba porque, mientras crecía, tenía que aprender las cosas de la familia, para saber todo lo acontecido y entender mi historia. Desde esa misma noche empecé a preguntarle a Mami cosas básicas de la familia, quién había muerto y cuándo y cómo y de dónde veníamos y todo eso.

El día siguiente no regresamos al hospital. Mami y yo nos quedamos en la casa de Abuelo y Abuela mientras ellos seguían con Tío Carlos. No hablamos de la pelea, ni de mi conversación con Titi Mari, ni de nuestra conversación de la noche anterior. A las cinco Mami salió para comprar comida y traerla a los que estaban en el hospital. Me dejó quedarme en la casa. Al regresar me dijo que nos iríamos en unos días. Quizás mañana, si lograba encontrar un pasaje.

En realidad ese viaje no me costó tanto como sentía mientras estábamos. En esos días no me entendía a mi misma. Pensaba que la mejor cosa, la única posibilidad buena, sería volver a la isla y hacer de mi vida lo mismo que habían hecho mis tíos y tías y abuelos. Como si nunca me hubiera ido. Por supuesto me dolía tanto ir y no entender nada de lo que pasaba mientras todos me decían por el nombre incorrecto y mientras velaba todo mi familia hacer luto para un tío que nunca conocí.

1548

Catalina Isabel Hernández llegó por barco a la isla de San Juan de Puerto Rico el seis de abril del año del Señor mil quinientos cuarenta y ocho. No llevaba consigo más que dos baúles de ropas y las pocas cositas que le había regalado su mamá antes de irse, unas prendas y un rosario, y otro baúl más pequeño con la ropa de Diego. Él andaba detrás de ella cuando embarcaron y andaba detrás de ella al pisar tierra firme.

El joven del barco señaló hacia un hombre de ropa modesta quien se recostaba en un edificio, fuera del círculo de cajas que bajaban del barco. “Ese es Juan Sebastián Salinas y Ríos, señora.”

Él no la había visto a ella aún. Ella sí a él. Era un poco más viejo de lo que había esperado. Eso no la sorprendió. Lo que sí fue la manera en que miraba al resto del puerto como si no le importara, los ojos medio-cerrados como si se durmiera del aburrimiento, el ceño fruncido. Durante el viaje, Catalina pensaba en cuando tenía siete años y el esposo de su hermana mayor vino a la casa por primera vez, y también de todas las veces desde entonces que había visto a sus otras hermanas casarse, y se imaginaba cómo sería su primer encuentro con el futuro marido. Había imaginado varias posibilidades, pero ninguna tan decepcionante como parecía ésta. En los cuentos que se contaban en Sevilla, se indicaba que en el Nuevo Mundo no existía ni un momento del día que no fuera una gran aventura. ¿Cómo era entonces posible que alguien se viera tan aburrido, entre tanto desconocido?

El puerto se parecía a los de España aunque más pequeño y con menos edificios grandes en el horizonte. Desde allí, podía ver la capilla. Era lo más alto del panorama. Lo demás era el

verde intenso de las montañas y el marrón pálido de los edificios pequeños. Ni siquiera era un pueblito. Era un puerto, sólo eso.

Le pidió a Diego que llevara los baúles y caminaron hacia el hombre.

Catalina sonrió tanto como pudo y le dio un saludo. Por fin él les miró.

“Usted debe ser Catalina Hernández. Un gusto,” dijo, todavía como si fuera lo más corriente del mundo. Ella reconoció su acento como uno norteño que había escuchado, pero no podía colocarlo. Sin esperar respuesta, continuó: “¿Y este?” Señaló a Diego, quien todavía se paraba al lado de Catalina.

Diego le contestó que era el esclavo de la futura esposa.

“Como se indicó,” dijo Catalina, “parte del dote.” No quiso que notara su ansiedad, pero no creyó lograrlo.

“Sí, sí, ya recuerdo,” dijo, como si el dote fuera lo de menos, aún en su propio casamiento. “Mucho gusto, Catalina,” repitió.

“Igualmente, señor.”

“Bueno. Tenemos negocios que terminar antes de partir. ¿Vamos, pues?”

En el segundo día de su llegada a la isla, se casaron. En el tercero, tomaron camino a la nueva hacienda.

Se encontraron con dos hombres nacidos allí en la isla, uno bastante pálido, el otro de piel de un color un poco bronce pero con cara de español. Venían con uno de los dichos indios nativos de esta tierra, a quien afortunadamente ya habían bautizado y nombrado Felipe. Tenía el

pelo negro y fino, con una nariz larga, los ojos grandes, una boca pequeña. Llevaba la misma ropa que los dos hombres criollos. Si no lo miraba al rostro, Catalina podía imaginar verlo en España.

Los dos hombres guiaban la caravana. Catalina y Juan Sebastián iban en el medio, y los dos esclavos iban detrás. Ella se sorprendió por cuan raro se sentía no estar con Diego después de pasar tanto tiempo en el barco con él. Viajaron por una ruta cerca de la costa por unas horas. Ya por la tarde empezaron a distanciarse del mar. Catalina le preguntó a Juan Sebastián dónde era la tierra que tenía. Le dio una respuesta vaga que no le hizo sentido, pero no quiso preguntar más detalles y molestarlo en el primer día de su viaje y el segundo día de su matrimonio.

Después de un rato más se cansó del silencio y le preguntó qué pensaba tener en la hacienda.

Juan Sebastián la miró como si se hubiera olvidado que estaba allí a su lado. “Caña.”

“¿Caña?”

“Sí. Han empezado varias haciendas en esta isla y en las otras por aquí con caña de azúcar. Hay otras también, pero se piensa que las haciendas de azúcar serán las más beneficiosas.”

Catalina no había visto una planta de azúcar antes.

“Y ¿cuánta tierra es?”

Le dijo una medida y, como si sólo entonces se hubiera dado cuenta, añadió: “Será una hacienda pequeña. La visité hace algunos meses, antes de tener todo arreglado. Deberían tener los materiales para la construcción ya, o sino pronto.”

“¿Qué construcción?”

“La de la casa,” dijo, como si fuera lo más obvio del mundo. Le explico que era tierra nueva, que ningún cristiano había pisado antes de ellos. “Es decir,” terminó, “será una hacienda, pero por ahora no es nada más que monte.”

No debía sorprenderse de eso, después de ver que hasta el camino en que viajaban era poco más que una vereda recién abierta. Por alguna razón había imaginado una casita—pequeña, pero una casita que ya estaba, por lo menos, que ya tenía vida adentro.

Sintió que se cerraba su garganta. Empezó una lluvia suave y una brisa. Aunque no hacía nada de frío, Catalina sintió temblores. Decidió no hacer más preguntas para no oír más respuestas.

Poco después de eso, llegó el atardecer y pararon para la noche. Pusieron unos puestos para dormir y empezaron un pequeño fuego para cocinar. Diego todavía estaba con el indio, pero no se miraban ni hablaban. Catalina sólo encontró unos minutos para hablar con Diego, mientras los otros preparaban la comida.

Empezaron a contar historias los tres hombres, aunque Juan Sebastián se quedó callado por la mayor parte de la conversación. Los otros dos habían nacido y crecido allí mismo, en San Juan. Contaron que la vida no era tan diferente como se la imaginaban en España, con algunas excepciones. Dijeron que como ya no andaban en tierra de cristianos, todo era mucho más peligroso; que comían cosas nativas de esta isla más que del otro lado del mar. Catalina preguntó qué eran esas cosas nativas, y ellos apuntaron hacia su cena de la noche: un pan que no era pan normal sino algo duro como una galleta con una carne desconocida. Felipe le respondió la pregunta con palabras que no parecían ser parte del castellano. Hablaba con un acento extraño y Catalina tuvo que concentrarse para entenderlo.

Juan Sebastián se comió el pan que no era pan y la carne con la misma cara del día que se conocieron, como si fuera lo más normal. Quizás para él lo era. Quizás mejor ella se quedaba con hambre. Pero al ver que Diego comía, decidió imitarlo y evitar el escándalo. Después de hacerlo, encontró que no era tan malo una vez superaba su desagrado por lo desconocido.

Terminaron hablando de la historia de esta parte del Nuevo Mundo. Uno de los criollos les contó que hace treinta años unos indios habían ahogado un español.

“La primera muerte de una guerra pequeña,” interrumpió Juan Sebastián y añadió: “No es nada importante ahora.”

Uno de los criollos, el más pálido, respondió que lo que mucha gente no sabía era que después de matarlo, los indios se comieron el cuerpo del soldado. Catalina se quedó sin voz; el hombre siguió y describió en detalle cómo lo cocinaron y lo repartieron.

“Mira. Hemos asustado a la señora,” dijo el otro. De repente los dos criollos y Juan Sebastián la miraron. Catalina sintió que se enrojecía su cara. “No es cierto, nada de eso lo es. Los indios que están en estas partes son en su mayoría muy honorables. Miren a Felipe,” dijo y apuntó hacia el indio, que se había acostado temprano. Dormía en el suelo a unos metros. “Noten que no nos molesta ni nos amenaza, y nunca lo ha hecho. Mírenlo. Muy tranquilo, muy calmado, no busca problemas con nadie. Así son su gente.

“Eso dicho, hay otro grupo. En esta isla no hay muchos, pero en las otras islas sí. Éstos son los más violentos, los caníbales, como dices, y eso. Pero los que tenemos acá no son así. Le juro, señora,” le dijo a Catalina, “no le hemos puesto en peligro. Éstos son pacíficos. Pero la región del mundo en que estamos no es pacífica para nada.”

Hablaron más del asunto pero Catalina dejó de escuchar los comentarios. Miró a Diego, pero él todavía comía y miraba el pan que le quedaba, como si no escuchara lo dicho de los criollos. Juan Sebastián tampoco se veía conmovido. Catalina no se pudo olvidar de las palabras, hasta acostarse, y esa noche, casi no durmió por pensar en los caníbales de las islas vecinas de la recientemente suya.

Siguieron así otros dos días, hasta que vieron en el horizonte unos fuegos. Se acercaron a una pequeña aldea de casas de paja y ramas, con muchos indios y algunos pocos soldados españoles. La única parada del viaje. Allí recogerían los nuevos trabajadores para la hacienda.

No se quedaron mucho tiempo. Quizás le serviría a Diego aprender de ellos como bregar con las plantas de azúcar – si era que ellos ya la conocían. En los pocos días que había estado, Catalina rápidamente aprendió que todo lo que conocía como un aspecto básica de la vida civilizada no necesariamente era una norma aquí, y a veces hasta se reían de ella por sus preguntas. No de manera maliciosa, pero aún así se sentía demasiado joven y cándida para el viaje.

Los soldados todos tenían caras de cansancio y Catalina los podía clasificar en dos categorías. Unos no se podían sentar sino con la espalda contra alguna pared y llevaban sus armas consigo donde quiera que iban. Los otros la miraban pero no le hacían caso y caminaban como sin saber dónde estaban. Unos paranoicos, otros perdidos. Habló unos momentos con un soldado que era de su barrio de Sevilla, pero él era de los perdidos y no dijo mucho antes de

decir que tenía que regresar a su puesto. Parecía que todos estaban alegres que habían llegado los dueños de la hacienda para quitar a los indios de su presencia.

Ya cuando se despedían y terminaban de preparar la caravana, Juan Sebastián se acercó al capitán de los soldados y le preguntó si hubo algún problema con alguno de los indios.

“Con éstos no, señor,” le respondió. Era un hombre mayor, con muchas arrugas. “Uno trató. Lo matamos, por supuesto. Qué más se puede hacer.” Se encogió los hombros, como si nada.

Luego se le ocurrió a Catalina que no se suponía que escuchara esa conversación, pero ya la tenía en la cabeza, y allí mismo siguió por el resto del viaje. Por lo menos ahora sabía la causa de las miradas ansiosas de tantos de los soldados. ¿Cuál de ellos mató al indio? Y el muerto, ¿era familia de uno de los sobrevivientes? Tenía que serlo si todos venían de la misma comunidad, ¿no?

Esa noche Catalina no se podía dormir. Las dos noches desde el cuento de los caníbales, se tardaba en dormirse, pero por lo menos lo lograba. Esa noche velaba al grupo de indios que ahora viajaba con ellos y que vivirían con ella. Eran hombres la gran mayoría, pero con algunos si no los veía de frente era difícil saber: todos tenían el mismo estilo de pelo, el mismo color de piel, la misma cara, la misma ropa. Dos estaban embarazadas. Estaban dormidos en los pequeños catres que tenían. Así parecían casi inocentes. Pero Catalina seguía mirando y mirando, como si esperara que algo le pasara a uno de ellos o a ella misma.

Uno se levantó de repente y se quedó sentado derecho en el suelo. Se cubrió la cara con las manos y se quedó así unos momentos. El que dormía al lado de él también se sentó y le tocó el brazo al primero. Conversaron, pero Catalina no pudo escuchar qué se decían.

El segundo alzó la cabeza y cruzó su mirada con la de Catalina. Tenía ojos muy oscuros, más negros de lo que era su pelo. Al principio pareció estar preocupado, pero cuando la miró a ella, su expresión cambió de momento. La miró como si ella fuera el soldado que les mató el amigo. La miró como si ella misma fuera la causa de todo lo que habían sufrido, como si con su llegada se hubiera dado la primera instancia de violencia y maldad

Catalina pensó en esos ojos negros el resto de la noche. Inclusive, cuando por fin se durmió, allí seguían, en sus sueños. Allí, los ojos apuntaban en la misma dirección que un rifle. El rifle apuntaba a la cara de un soldado español. Éste tenía las manos arriba. Alrededor de ellos había un círculo de otros soldados, cada uno con un rifle apuntando en dirección del indio rebelde.

En su sueño Catalina vio todo esto y le pareció que las personas eran modelos que posaban para una pintura. Parpadeó y el soldado a punto de la arma había sido reemplazado con Juan Antonio. Parpadeó otra vez y era ella misma, vista desde la tercera persona.

Catalina se despertó en el momento que un rifle disparó.

La próxima mañana siguieron el camino. Se imaginaba el indio rebelde con un rifle europeo que robó y la imagen no se había quitado de su mente. Catalina encontró un momento para contarle todo a Diego, desde lo que había escuchado del capitán hasta los dos indios que vio la noche anterior.

“¿No crees que sean peligrosos?” preguntó. “¿Después de todo esto?”

Diego siempre tenía la tendencia de mostrar en su rostro cada reacción y opinión al momento que ocurría. Puso una cara de vergüenza y confesó que pensaba lo mismo del Felipe que había viajado con ellos desde el puerto. Le parecía sospechoso. Habían hablado varias veces en los últimos días. Era un hombre extraño, por supuesto, pero algo en su manera de hablar y ser lo hacía más extraño aún. Confesó que no creía que Felipe tomaba en serio su bautizo.

Lo habían bautizado hace unos meses, le dijeron. De repente Catalina pensó en cómo lo lograron. Hablaba castellano, sí, pero poco, y no muy bien. ¿Cómo iba a entender un sacerdote? Menos probable que el indio entendiera la Biblia, y menos aún que pudiera atender una misa en latín. Como la masa de indios que había recogido el día anterior, quienes no sabían ni el español ni cómo ser un buen cristiano.

Diego tenía todo la razón, todo esto sí era sospechoso. Catalina le dio la orden de velarlo y hablar más con él para averiguar cómo era. Desde entonces Catalina sacó su rosario de los baúles y la llevó siempre consigo.

Cuando siguieron en el camino y Catalina estuvo sentada al lado de Juan Sebastián le contó todo lo acontecido, sin mencionar que le había escuchado la conversación con el capitán de los soldados. Le dijo que tenía dudas del indio Felipe, supuesto traductor para los otros. Dios sabrá qué él les dice, y añadió que había visto dos de los nuevos hablar en la noche, y que uno la miró.

Él la miró como si estuviera loca. No pasaba nada, este grupo era de los pacíficos. Ya habían estado en la isla unos años, ya conocían a los nativos y los nativos los conocían a ellos. Aún cuando algo pasaba era que uno o dos se rebelaba, nada como una guerra y seguramente nada amenazante. Juan Sebastián estaba tranquilo mientras lo decía.

“Pero ¿no debemos tener precauciones?” preguntó Catalina.

“¿Tiene precauciones para Diego? Él también es esclavo, ¿no?”

Esa pregunta la dejó muda por un momento. Tuvo que pensar en cuál era la diferencia.

“Él es de mi ciudad, de mi familia.”

“Como ahora lo son éstos.” Al ver que no la había convencido, habló más suavemente, y le puso la mano en el hombro. “Sé que le dan miedo, Catalina. Siempre es difícil al principio, yo lo sé. Se acostumbrará después de unos meses. Ya verá.”

Pasaron dos noches y en ambas Catalina vió la misma escena de los dos indios que se despertaban. El indio que la había mirado la primera noche todavía la miraba. Ambas veces lo mencionó a Juan Sebastián, y ambas veces él le dijo que no era nada. Diego le dijo que había hablado con Felipe y que ya no tenía dudas de que era un inocente, no peligroso, y quería saber más de “lo de ustedes,” como él decía.

Catalina se acostumbraba poco a poco, como le había dicho Juan Sebastián que ocurriría. Un momento se lo creía, hasta ver que esos mismos indios estaban, que uno trataba de esconderse la cara y el otro la miraba a ella, y le volvía la imagen de uno de ellos con una arma disparándole a ella. Sentía que iba y venía su paranoia en olas.

El día antes de que llegaran a la hacienda, unos de los indios parecían agitados. Andaban entre ellos y hablaban más de lo usual. Mandaron a Felipe para preguntar qué les pasaba. Pasó varios momentos en el grupo. Catalina contó que habló con por lo menos cinco personas diferentes.

Regresó y explicó en su castellano extraño que uno de ellos había desaparecido. Nadie sabía de él. Los contaron y lo confirmaron. Faltaba uno.

Catalina fue de inmediato, sin escuchar qué decían Juan Sebastián y los criollos, a donde guardaban las armas. Todavía estaban todas. Pero el escapado podría construir un arma con lo que encontrara por allí, aunque no fuera rifle, o podía encontrarse con otros escapados. Peor aún, podrían atraer a los otros indios y formar un pequeño ejército.

Cuando regresó al grupo, Catalina vio el indio que siempre la miraba. Miró alrededor de él y no encontró el que siempre se escondía la cara. Siempre estaban juntos, nunca había visto uno sin el otro. Tendría que ser el que siempre se escondía la cara. Ese día parecía que el otro no le quitaba los ojos y que la seguía dónde quiera que iba. Esta vez no tenía la expresión enojada de siempre, sino una mirada cansada y vacía no tan diferente a los de los soldados españoles. Quizás había visto algo de violencia en los últimos días, o quizás se cambiaba la cara para no hacer obvio los planes que tenía con el escapado.

Poco después de empezar otra vez en el camino, le dijo a Juan Sebastián que el desaparecido era uno de los que la velaba, uno de los sospechosos. Parecía que él se había olvidado del asunto entero ya, como si no importara que se escapó uno de los trabajadores de la hacienda. Le dijo que no pasaba nada, probablemente se fue a cazar algo y se perdió o fracasó y el animal que quería matar lo mató a él mismo.

Le preguntó una vez más si estaba seguro, y él le tomó la mano. “No nos van a atacar, Catalina. Tiene que acostumbrarse a esto. Ya le dije, los buenos se quedaron aquí y los caníbales y los demás se fueron. ¿Cómo llega uno de ellos hasta acá? ¿Nadando? No nos van a hacer nada.”

Desde entonces comenzó a entender. Por alguna razón, Juan Sebastián no iba a preocuparse de esto ni siquiera cuando todo empeorara. Se había acostumbrado, como él decía, al clima de la isla. Ya no veía las amenazas naturales de este lugar recién colonizado.

No le quedaba más remedio que ir a Diego. Él era el único en quien confiaba. Había hecho el mismo viaje que ella, tenía las mismas normas que ella, tenía que entender. Pero cuando le preguntó, le dijo casi lo mismo: “Me lo explicó Felipe: ellos están tan perdidos aquí como estamos nosotros. Han visto docenas de muertes de sus familias y amigos y conocidos. Varios ni siquiera conocen esta tierra, porque los han traído desde otras islas. Cualquiera hombre se sentiría desesperado si estuviera así.”

Catalina se calló de repente. Sintió que todo lo conocido se había derretido en este mundo nuevo. Sintió que el tiempo iba más lento de lo normal.

Catalina miró otra vez al grupo. ¿Cuáles serían los de allá y cuáles los de acá? ¿Cuáles serían las amenazas? Le preguntó a Diego y dijo que no sabía. Le mandó a preguntar a Felipe pero se dio cuenta de que no solucionaría nada. Felipe podía ser uno de ellos, podía ayudarlos y mentir para hacer menos sospechosos los de allá.

Al fin de la conversación, Diego accedió que lo haría, pero Catalina sabía que no tenía la misma sospecha que tenía ella. Se quedó a una distancia de ella por el resto del viaje. Cuando se bajaron de la caravana no tenía nadie más que Juan Sebastián a su lado.

La tierra era buena, según él, pero ella no sabía nada de eso, y en sus ojos se veía como un plano de tierra sin nada. De repente le golpeó que la hacienda no existía todavía, tendrían que construirla a mano, paso a paso. Se sintió que andaba en un sueño mientras caminaba por tierra desconocida que ahora era su hogar, llevada por la mano con Juan Sebastián.

Construyeron la casa en el punto más alto de la hacienda. Desde la ventana, Catalina podía ver cómo todo se construía, cómo del solar vacío empezaba a salir la nueva hacienda. Sentía que todo se normalizaba, día tras día. Comenzó a acostumbrarse a la isla, a su esposo, a un futuro criollo.

Sin embargo, desde esa misma ventana de su habitación, allá, a lo lejos, en donde aun no llegaba ninguna hacienda, Catalina juraba que veía unas figuras desconocidas que acechaban entre los bosques y los campos, a veces era el desaparecido, a veces los caníbales.

1834

Justo antes de que apareciera el sol en el horizonte, descubrieron que ya Carmen no estaba. Nos mandaron a cazarla por las áreas circundantes de la hacienda. La mayoría de los peones de la hacienda fueron enviados a buscar entre las olas del mar de caña. A nosotros, los esclavos, nos ordenaron a recorrer hacia el este, donde la hacienda se hacía colina y se despeñaba en un precipicio. La tierra misma nos contendría. Nadie la encontró, ni a ella ni ninguna señal de su fuga o la dirección en que viajaba. Escuché a algunos que buscaban con nosotros que se quejaban de que habían gastado la parte menos caliente del día en el camino y que, por lo tanto, seguramente nos harían trabajar más duro ese día para recuperar el tiempo perdido. Tenían la razón. Pasamos el resto del día soleado cortando caña con la presión de hacer el doble del trabajo.

Don Plácido hizo que un señor de la hacienda vecina trajera sus perros para rastrearla. Los tres canes siguieron hasta el centro de la caña y allí se rompieron en tres direcciones diferentes. Los jornaleros se preguntaban por qué importaba tanto una mujer que ni siquiera era buena para el trabajo. Menos aún en los últimos meses. Algunas sabíamos, pero la mayoría de los otros esclavos también hacía las mismas preguntas.

Carmen estuvo casi siete años en la hacienda. Era su segunda y, desde el principio, llegó enojada, batallando cada mandato, luchando contra la tarea más simple. Antes de su última hacienda, había estado al otro lado del mar. La habían robado a los diez años, repetía, una y otra vez. A algunos que habíamos estado en cinco haciendas o más distintas a las que nos vieron nacer, nos

incomodaba su insistencia. En esas primeras semanas yo era de la opinión que debía aceptar su destino por el momento y callarse.

Pero, entonces, me asignaron para que la ayudara a mejorar su español. Pensaban que eso la apaciguaría un poco.

Los primeros días fueron difíciles. Al principio me dije que era porque no nos conocíamos. Luego, cuando comenzamos a hablar, supe que la odiaba por no haber nacido bajo todo esto, por conocer algo fuera de todo esta violencia que había sido mi vida. Mi progenitor había sido como ella, traído hasta acá en su juventud. Ese era el único dato que sabía sobre él. Un poco más recordaba de mi madre, aunque no lo suficiente para imaginarme como otra cosa que no fuera huérfana. Carmen, sin embargo, se quejaba de extrañar a su familia. Carmen hablaba de sus tres hermanos y dos hermanas, de la comunidad a la que pertenecía. Algunos habían sido desaparecidos, como le sucedió a ella, pero los otros, los que quedaban, se habían criado allí por generaciones. Carmen hablaba de la historia de ellos, de las alianzas y las guerras de su gente y de todas sus costumbres y comidas y canciones.

Cuando no estaba en mis sesiones con ella, me hacían trabajar en la caña. Empezó alguna vez como castigo y cuando se dieron cuenta de que lo podía hacer, me sacaron finalmente de la casa y me dejaron allí. Los únicos momentos en que estaba fuera del sol, estaba con Carmen. Del mismo modo, aquellas horas contenían los únicos momentos en que ella no estaba en la casa de los Salinas, limpiando y cocinando. No me enorgullezco de cuántas semanas me tomó entender que todas sus preguntas eran una manera de pasar más tiempo en nuestras lecciones. Tampoco supe que cuando trabajaba en la casa, hablaba con errores a propósito, haciéndose la desentendida, hasta que vino Don Plácido mismo a preguntarme cuánto aprendía Carmen y cómo

iban las lecciones y por qué no sabía cómo hablar ya. La próxima vez que nos vimos le dije a Carmen que tenía que aprender más rápido para evitar repercusiones. Ella ni siquiera había pensado en las consecuencias a largo plazo.

Desde entonces empecé a entender que ella se sentía profundamente sola entre todos nosotros, que se sentía distinta y, que, poco a poco, empezó a entender la extraña envidia que generaba en nosotros. A pesar de estar en el mismo lugar, vivíamos en dos mundos diferentes. Sin embargo, en algún momento decidimos construir un puente entre ellos.

El tercer día después de la fuga de Carmen, apareció su descripción en la *Gaceta*. El que fue a recoger el periódico del pueblo nos compartió la noticia. Habían escrito que era una mujer negra pero no muy oscura, de cara redonda y con un cabello grueso y mate que siempre llevaba en un moño a la base del cuello, con un lunar grande y pálido en el codo. Añadieron que era africana y que hablaba español con un acento poco común. No mencioné que antes de que se fuera la ayudé a suavizar su pronunciación, a evitar las palabras que lo hacían más notable, a refinar sus erres y sus vocales.

La última oración mencionaba, de paso, que viajaba con un bebé. No decía mucho más. Me pregunté si, en los días de la búsqueda, confundirían a Carmen con una de las esclavas que cuidaba a la futura generación de hacendados, por la presencia del infante.

Seguíamos sin ella. Cada número de la *Gaceta* hacía circular su descripción de nuevo. No era cuestión de fuerza laboral. Después de todo, era cierto lo que decían los jornaleros el primer día. Inclusive antes del embarazo, ella no hacía mucho trabajo ni era particularmente productiva.

A pesar de mi silenciosa esperanza, pensaba, como todos, que tarde o temprano la regresarían. Entre las descripciones del periódico y las búsquedas y la paranoia por lo acontecido en la isla vecina hacía treinta años, nadie permanecía cimarrón por mucho tiempo.

Un año antes de la fuga, apareció a mi lado en la noche, sin ruido alguno. Me dijo que tenía que hablar conmigo urgentemente. Después de despertarme asentí y nos fuimos a caminar entre la caña y las casas.

Cuando estuvimos fuera del círculo de casas donde se escuchaba todo, de repente empezó a sollozar. Su cuerpo entero temblaba. Le dejé llorar y la aguanté en mis brazos hasta que pareció tranquilizarse, y entonces le pregunté qué le pasaba.

Me contó lo acontecido la noche anterior, la razón por la cual venía tan tarde para hablar conmigo y por la cual trabajaba desde que llegó en la casa del amo, aun en los primeros días cuando no hablaba suficiente español para entender las órdenes. Me contó que durante su segundo año en la hacienda se lo dijo a una de las otras esclavas de la casa, pero la respuesta de aquella fue despacharla, decirle que así se vivía, que se acostumbrara. Me contó que en una noche de esas, mientras caminaba por la hacienda se había encontrado con unos esclavos de la hacienda vecina a la nuestra, otros bozales como ella, e inclusive ellos le dijeron que se lo dejara pasar.

Le interrumpí para preguntarle por qué me lo contaba todo a mi, en ese momento; por qué no antes, por qué no después, por qué decírmelo para empezar. No dijo nada. Puso una mano plano encima del estómago.

Regresaron al bebé, eventualmente, después de dos meses, sin su madre. Aún los que no conocían la historia notaron el cambio de temperamento de Don Plácido, a pesar de que aún seguía ausente su esclava favorita. El que no sabía del asunto antes, se enteró dentro de cinco días.

No se habló de qué le había sucedido a Carmen. Nadie preguntó. Uno que lo llegó hacer, en el momento menos oportuno, fue castigado severamente. Me gusta imaginar que estaba viva y feliz, más allá del mar que la trajo acá.

Aunque había prometido cuidar del bebé, me lo quitaron una vez tuvo cinco años. Por entonces, el amo contrató a un tutor para que le enseñara cómo leer. Todavía me lo dejaban ver, de vez en cuando. Pero, eventualmente, ésto también culminó y ya a sus diez años, ni me dirigía la palabra ni la vista. Cada vez que veía al niño al lado de Doña Elena, me ponía de malas por la repugnancia. Nadie decía nada, pero sabíamos quién era. Tenía la mismísima cara de su madre. Pero también tenía la piel del padre, del amo.

Unos años después me mandaron a otra hacienda en el sur de la isla. Pero las noticias vuelan. Particularmente las noticias sobre las muertes y las bodas. Al niño lo casaron con una criolla, una con una buena dote, y poco después la joven pareja heredó la hacienda.

1901

Con la llegada de Tía Isabel empezó la pérdida. El pequeño Benito tenía unos nueve años cuando encontró que su tía desconocida (y, en sus ojos, casi extranjera) estaba sentada en la mesa como si se hubiera ido de la casa ayer y no hace diez años. Tenía una cara muy parecida a la de su hermano, y según lo poco que recordaba también era parecida a la de Abuela. La nariz fina, los ojos oscuros y grandes. Fuera de eso, no parecía ser ni del mismo mundo que el resto de la familia. Se vestía de trajes de colores exagerados. En ese primer día fue un traje verde. Llevaba el pelo negro en un peinado elegante y complicado que Benito no entendía cómo se hacía.

“Aquí está su tía, niños,” dijo su papá. “Vino de muy lejos.”

La mujer le regaló a Benito un caballo de madera que había comprado. Los otros recibieron juguetes similares con la excepción de Luisa, a quien le regaló un libro, porque era unos años mayor que los otros e iba a estudiar. También porque, ellos sabían, Luisa tenía catorce por lo que había conocido a Tía Isabel antes de que se fuera — los demás nacieron después.

Después del repartimiento de los regalos, los tres hijos fueron mandados a dormir, mientras los adultos se quedaron hablando. Cuando estuvieron solos en su cuarto, Rafael y Ramón le hicieron miles de preguntas a Benito: ¿por qué había llegado Tía Isabel? ¿Por qué se había ido? ¿En dónde estaba? Él no tenía ni una sola respuesta. Se quedaron despiertos para discutir las posibles razones para su ida y su llegada — porque había visto el mundo entero ya, sugirió Ramoncito, pero Benito le aclaró que diez años aunque fuera mucho tiempo no sería suficiente para verlo todo. Entonces quizás, empezó Rafael, quizás habrá visto todo lo interesante, o ya había encontrado todas las riquezas — pero si ese era el caso, ¿por qué les había dado unos juguetes tan simples como unos animalitos de madera, y no una pequeña parte de la

riqueza? Quizás para esconder que ella ahora tenía tanto — y así siguieron, hasta que su papá entró y les dijo que se callaran, que ya no se podía con ellos cuchicheando y que tenían que dormirse.

El día siguiente, discutieron lo mismo y decidieron que, como él era el menor de los tres, Ramoncito le preguntaría a la tía algo acerca de sus viajes. Pero cuando llegó al frente de ella, se puso tímido y abandonó el plan que habían elaborado. Sólo dijo:

“Cuénteme una aventura, tía.”

Al contrario de lo que esperaban, Tía Isabel le indicó que se sentara a su lado, e invitó a Rafa y Benito, que todavía estaban medio escondidos en el pasillo.

Les contó que, allá en los Estados Unidos, y en otros países ricos, tenían unos edificios grandes en donde trabajaban miles de personas. Allí, los trabajadores con la ayuda de máquinas grandes creaban cosas — ropa, juguetes, cosas para la casa. El trabajo, por la presencia de las máquinas, se hacía mucho más rápido que el trabajo de mano. Por eso había extra de todo, y todo pasaba más pronto. Los padres podían regresar a casa para estar con sus familias más temprano, y a veces hasta regresaban con juguetes de sobra que se hicieron ese día, como los animalitos de madera que ella les había traído.

Ramoncito se enamoró de la idea, pero Rafael sospechó. Benito no sabía qué pensar de esta nueva información — y preguntó lo único que se le ocurrió:

“¿Hay en Puerto Rico?”

Sí, algunos, les explicó Tía Isabel. Pero pocos. Pero ahora que venían los americanos para ayudar, tendrían más.

En ese momento, entró Papá, quien calló a Tía Isabel con una mirada. Ramón trató de hacer otra pregunta y Rafa le empujó para que se detuviera. No se habló más del asunto.

O por lo menos no se habló más ese día. Mientras pasaban las semanas se hizo claro que Tía Isabel se quedaría un rato. Después de que se acostumbraron a su presencia en la casa, Rafael y Ramón dejaron de especular tanto sobre sus orígenes y sus motivos. Benito veía lo que ellos no podían: que en las escenas con Tía Isabel, Papá la miraba como si no la conociera, aunque fueran hermanos, aunque se habían criado juntos en esta misma casa. Nunca había notado que Papá siempre se veía cómodo con Mamá y con sus primos hasta que lo vio tan rígido con su hermana.

Benito les escuchaba hablar de la hacienda algunas veces. Luisa negaba explicárselo cuando le preguntaba. Lo que se había hecho muy claro en las últimas semanas era que Tía Isabel y Papá no estaban de acuerdo en algo grave y muy importante, y que Mamá no quería meterse en esos asuntos. Cada vez que empezaban a alzar las voces los dos, Mamá se ponía entre ellos y los calmaba. Pero esto solamente retrasaba la pelea; minutos, horas, o días después volvían a lo mismo.

El día en que Benito, Rafa y Ramoncito finalmente supieron de qué era la pelea fue un día en el medio del verano. Empezó una lluvia torrencial, que les recordó a todos del huracán de unos años antes, y todos (pero Rafa en particular) se pusieron ansiosos e inquietos. Se juntaron en la sala de la casa. Rafa se acurrucó al lado de su mamá. Se sentaron en un silencio que sólo se interrumpía con los truenos, hasta que Tía Isabel dijo que tenía un anuncio:

“Ahora que todos están creo que podremos discutirlo juntos como una familia. Creo que debemos vender la hacienda.”

Y ahí empezó la discusión. Luisa estaba escandalizada; Mamá se quedó sin decir nada, pero su mirada hacia los tres hijos indicaba que se debían quedar callados también; Papá se paró del sofá y le dijo que no lo haría, que la hacienda Salinas había sido la hacienda Salinas por cientos de años y no iba a ser suyo el nombre que cambiara ese legado. Lo dijo rápido y duro y casi escupía con cada palabra.

Al contrario, dijo la tía. Ya casi no tenían nombre por lo poco que se hacía en la hacienda; y con ese comentario Mamá se paró y dijo que los cuatro, incluyendo a Luisa, se irían del cuarto de inmediato para que los adultos pudieran discutir asuntos importantes. Salieron en fila al cuarto de los papás y Mamá les cerró la puerta.

Dejaron que el silencio les guardara por unos momentos. Los golpes de la lluvia en el techo y las ventanas eran la única música que tenían. Cuando se determinó que no podían escuchar la conversación que sucedía en el otro cuarto, el primero en hablar fue Rafa, quien expresó que él no se iba ni de la hacienda ni de su casita. Luisa empezó a caminar alrededor del cuarto, sin decirles nada, y mientras Rafael y Ramón se pelearon tanto como Papá y Tía Isabel, Benito no sabía qué pensar. Que la vendieran o no la vendieran no era su decisión, sabía. Papá tomaba las decisiones, a veces con el consejo de Mamá, y así siempre les funcionaba hasta la llegada de la tía.

“Se ha vendido la mitad de la hacienda en los últimos cincuenta años,” anunció Luisa, sin provocar. “Y en los últimos ciento y pico años no ha crecido.”

Rafa y Ramoncito se callaron; Benito la miró con curiosidad de cómo lo sabía y por qué se los había dicho.

“Pero, ¿qué haríamos sin la hacienda?” preguntó la pequeña voz de Ramoncito. “¿En dónde viviríamos?”

En eso se atascaron, porque ni Luisa sabía la respuesta.

Tía Isabel se fue la siguiente semana a varios pueblos en que tenía amigos y conocidos que podrían ayudar. Regresaba unos dos días y se iba otra vez. Así siguió por dos meses. Cuando estaba, siempre volvía a lo mismo: “Debemos vender la hacienda.” Y nadie la respondía, para evitar la discusión.

Por fin llegó el día cuando Mamá le respondió: “¿Quién la querrá comprar? Conoce a alguien? Porque mientras usted, señora, está por allá, nosotros estamos aquí mismo, trabajando la tierra, como siempre lo hemos hecho.”

Tía Isabel se fue el día después de esa conversación. No regresó por tanto tiempo que los hijos pensaban que ese era lo último del episodio y no regresaría. Nadie habló del asunto. Con el trabajo diario tenían otras cosas para pensar. Benito empezó a prestarle atención a qué tierra todavía les pertenecía y qué tierra habían vendido. Dejó que Rafa y Ramoncito jugaran solos y se fue a investigar de vez en cuando. Cuando caminaba por las piedras que señalaban el borde de su tierra, vio que se construían otras casas en el horizonte, con otras familias y otros niños que jugaban afuera. Más allá, el mar de caña era interrumpido por otras cosechas que pertenecían a las haciendas vecinas. Aparecieron plantas que no reconocía. Miraba los jornaleros desde el

borde. A veces reconocía algunos de ellos que habían trabajado dentro del borde antes; una vez le preguntó a uno por qué estaba por allá en vez de por acá, y éste le dijo que algún día, cuando tuviera su propia tierra, lo entendería, y regresó al trabajo. Al igual que su familia, nadie le decía qué pasaba con la tierra o por qué o cómo.

Sin embargo, la tía sí regresó, finalmente. Y cuando lo hizo, regresó acompañada. A su lado había un señor de pelo gris y de cara casi rectangular. Lo anunció como el hombre que querría comprar la hacienda, si estuviera de venta.

Por cortesía Papá y Mamá no lo botaron allí mismo, pero según las miradas que compartieron entre ellos, tan severas como cuando castigaban a sus hijos, con los ojos grandes y las bocas en líneas firmes, lo querían hacer. Como siempre los niños fueron mandados a otra parte de la casa para que el resto hablara en paz. Luisa estaba con sus estudios y no les podía ayudar. Cuando se lo contaron a ella luego, tampoco pudo explicárselo. Como siempre los cuatro se quedaron sin saber qué se haría.

Mientras tanto, la hacienda seguía en su estado de producir justo lo que necesitaba para sobrevivir y no mucho más de eso. El huracán reciente había afectado gran parte de la caña, que todavía no se recuperaba enteramente. Tenían siempre menos jornaleros y menos tierra y, por consecuencia, menos caña para vender. El terreno donde crecían la mayoría de su comida iba bien, mientras lo demás fallaba. Hasta Ramoncito podía ver los cambios. Se hacía evidente cuando Papá se quedaba por las noches mirando unos papeles y hablando con Mamá y Tía.

Por primera vez parecía que las decisiones del destino de la hacienda Salinas serían de más de una persona. Quizás una de esas personas sería el señor del pelo gris y de la cara rectangular, quien volvía cada vez en cuando. La tercera vez que vino estaba Luisa en casa y, después de dar una excusa sobre qué buena práctica sería para sus clases entender cómo eran los negocios, logró quedarse para la conversación.

Qué suerte, pensaron los tres nenes, como ella les explicaría todo lo acontecido. Pero salió de la conversación en silencio y con los ojos dirigidos hacia el suelo, y así se quedó el resto del día. Por la noche cuando podían estar solos los cuatro, los nenes le preguntaron a su hermana mayor qué se había dicho y qué harían con la hacienda. No les dijo.

Finalmente, Luisa insistió que era demasiado complicado para ellos, que no lo entenderían, que lo mejor era que se quedaran quietos y callados y que dejaran a los grandes bregar con eso.

Fue un cambio drástico, pensó Benito. Y marcó un giro en sus vidas que no podrían deshacer. Ramoncito y Rafa insistieron, sin notar lo que había cambiado en el rostro de su hermana. Sin embargo, al rato, los gemidos y pellizcos de ellos sí funcionaron, aunque Benito notó que el cambio en su hermana permanecía. Luisa explicó, exasperada, que lo que quería Tía Isabel era vender la hacienda entera, pedazo por pedazo, y el hombre cari-rectángulo quería comprarla por una miseria, y tendrían que aceptar su oferta porque no les quedaba otra opción. Tan pronto terminó, los miró como desde un lugar muy lejos y salió del cuarto.

Había tenido toda la razón, notó Benito después. No entendían nada.

Benito logró preguntarle a su madre, por fin, en un momento en que estaban solos, y por fin ella se lo contestó con suficiente autenticidad para ser una respuesta verdadera y bastante completa.

Si vendieron la hacienda, la familia se mudaba, por supuesto. A dónde, no se sabía — quizás a otra pequeña finca que tenían unos primos, para ayudarles a ellos en su empresa, o a la ciudad para encontrar trabajo en una de las empresas nuevas que habían traído los americanos. Entre el dinero de la venta y las otras pequeñas ganancias que encontraban, tendrían suficiente para empezar una nueva vida en otra parte. Y finalmente se identificó el cari-rectángulo que les visitaba cada semana como uno de los empresarios americanos.

Luisa tenía toda la razón, resultó. Perdían la hacienda, pedacito por pedacito.

A esa edad no lo entendía, pensaría Benito después. Además de eso, ¿qué niño puede entender la venta de una casa en la cual habían vivido las últimas decenas de generaciones de su familia? ¿Una casa más vieja que inclusive el país que ahora estaba a cargo de la isla? Aprendieron rápidamente en los siguientes meses que lo que pasaba no tenía que ver con lo que querían o no querían los niños, ni siquiera lo que querían Papá ni Mamá ni Tía Isabel. Habían ciertas cosas que, una vez iniciadas, no se podían evitar.

Siguió visitando el americano. Les llevó a vender poco a poco. Un rincón de la tierra a la vez. Hasta que quedó solamente la casa y una fracción de lo que originalmente era suyo. Entonces se decidió que la hacienda Salinas ya no era la hacienda Salinas, y por lo tanto venderla no fue tan difícil.

Aún de adulto, Benito no entendería por qué lo hicieron así — poco a poco, pedazo por pedazo, en vez de dejar la cosa de una vez e irse aún antes de que hubiera llegado el empresario americano. Ramoncito dijo que era por el sentimentalismo de los padres; Rafael dijo que era porque, como les habían dicho, nadie quería comprarlo todo de golpe, con la excepción del americano, quien quiso comérselo una mordida a la vez a través de años.

Eventualmente, Luisa se casó con un señor canario y lograron encontrar una casa en San Juan que les dejaría con suficiente espacio para los tres hijos y los papás y, si venía a visitar sin anunciar otra vez, Tía Isabel. Ya en ese momento tenía casi quince Benito, y le tocó ir junto a su padre a los trabajos místicos y rápidos que les había descrito Tía Isabel.

1955

Se les ocurrió la idea por primera vez al hablar con el dueño de la nueva casa que alquilaban. La casa estaba desocupada porque la última familia que vivió allí, una pareja con dos hijos pequeños, se mudó pa'llá fuera. El dueño les contó que el esposo había encontrado un trabajo antes de irse, y lo último que había escuchado de ellos era que estaban en una comunidad de puertorriqueños, con un apartamento muy cómodo, y que los dos hijos se habían hecho parte del grupo de niños del vecindario.

En realidad la idea era de Carmen Teresa, quien se la trajo a Miguel una tarde poco después que terminaron de desempacar todas sus cosas. No tenían razón alguna para querer irse pronto, pero cómo iban las cosas en Puerto Rico, les parecía atractivo. En los últimos años se había calmado el lío político entre los nacionalistas y los populares y todos ellos, pero como no se había resuelto sabían que regresaría. Quizás mejor criar hijos allá afuera. Además se decía que los trabajos pagaban mejor.

La idea se sentó con ellos en la mesa de su nueva casa alquilada. “Para tener hijos,” habían dicho al mudarse. Todavía los esperaban. Mientras tanto, hicieron todo lo posible para ahorrar un poco de dinero. Para los hijos.

Poco después, Tío Benito vino a visitar. Sus hijos eran más o menos de la edad de Miguel mismo, y en este viaje ninguno de los tres vino, y tampoco vino su esposa quien tenía un trabajo del que no podía salir. Se quedó en la casa de su hermana, como siempre. Una tarde, cenaron

todos en la nueva casita de Miguel, la generación de su mamá y Tío Benito hablando de cómo era la vida en la hacienda y cuán diferente era todo ahora.

Carmen Teresa fue la primera en preguntar: “¿Y qué tal le va por allá? ¿Cómo es que se fueron?”

Benito lo pensó un momento. “Pues, nos va bien,” empezó, y le contó el relato que ya Miguel había escuchado mil veces. A fines de los años 30, se presentó la oportunidad y se tiraron. Tomaron tres vuelos, de San Juan a Miami a Nueva York y finalmente a Cleveland. Los nenes empezaron en una escuela pública. Les tomó un rato aprender el inglés, pero ya lo tenían casi perfecto para el fin del primer año allá. Vivían en un apartamento en una calle que estaba casi llena de familias boricuas, en su mayoría versiones mayores de su propia familia, que habían tomado la guagua aérea unos años antes. Y pues, de esa manera tenían alguna especie de familia de la isla. Los tres tenían trabajos buenos ya, y el menor entraba a la universidad, lo cual no se podía decir para nadie más en la familia (con la excepción de los dos años que pasó Carlos en Río Piedras, de cuales no se hablaba). Además, Benito mismo tenía un buen trabajo, su esposa enseñaba, y tenían dinero suficiente para la universidad con becas.

“Entonces, pues, nos fue muy bien,” resumió. “Mejor que le fue a mi papá en la finca. ¿Por qué la pregunta?”

Confesó Carmen que a ella y a Miguel los tentaba la idea.

Tío Benito les dió una gran sonrisa. “Pues sí, ¡vengan! Creo que hay unos apartamentos abiertos cerca de donde estamos nosotros.” Añadió que seguramente podría ayudarle a Miguel a encontrar un trabajo, quizás en la misma fábrica donde trabajaba él, y para Carmen tampoco sería muy difícil.

Miguel interrumpió para pararlos antes de que el resto de la familia les escuchara. No habían tomado ninguna decisión, explicó, solo era una idea inocente y nada más. Lo habían pensado pero no iban a hacer nada por ahora. Además no quería que su mamá les escuchara y pensara que no le habían preguntado a ella primero.

Aún así no pudo evitar añadir una pregunta: ¿era necesario hablar inglés para vivir allá? Era lo único que todavía no le convencía. No sabía suficiente inglés para una conversación, mucho menos para un trabajo, y no sabía si pudiera aprender el idioma tan rápido para poder entrar en una vida que se vivía enteramente en inglés.

La versión corta de la respuesta era que por lo menos un poco de inglés era necesario. La versión larga, con la cual continuó, incluía cuáles lugares en su pueblo hablaban o entendían el español, y cómo él había logrado ser entendido cuando llegó. En el supermercado tenían un empleado mexicano que les podía hablar en español. En los cines, si iban los sábados, había un boricua. En la escuela no había tanto español, pero los nenes se adaptaron sin problema. De allí siguió e incluyó a todos los otros latinoamericanos que había conocido allá en Ohio, y el enfoque cambió para ser esa red hispanoparlante, dejando a un lado la pregunta de Carmen. Pero la idea se quedó entre ellos y cada vez les parecía más y más atractiva.

Miguel y Carmen fueron a las casas de sus papás, cada uno solo, para sugerir la idea y ver qué pensaban. La mamá de Miguel le dijo que sería mejor que intentar con la finca otra vez, como le había dicho Tío Benito, y si sus primos habían logrado tener una buena educación y buenos trabajos por allá, suponía que sería buena idea para él y Carmen empezar una familia allá. El

papá de Miguel le dijo que su familia siempre había sido nómada; sus papás habían venido a Puerto Rico desde las Canarias, sus abuelos de un lugar diferente cada uno. Si Miguel quería continuar esa tradición, él sería el último en decirle que no.

Los papás de Carmen le dijeron casi lo mismo, bajo la condición de que tenían que visitar con frecuencia, que no aceptarían que sus nietos crecieran tan lejos de ellos sin conocer su isla.

Sin embargo, no se convencían. Se dieron cuenta de que habían querido que por lo menos uno de los padres les dijera que no. Algo les tenía agarrado allí, y no sabían si era la nueva casita, o los trabajos que pagaban un sueldo decente, o la falta de necesidad de actuar: la pereza de evitar tomar la decisión por el tiempo que fuera posible. Quizás algún día lo harían.

Entonces la mamá de Miguel le contó la noticia a su hermano Carlos y este sí tenía una opinión.

Obviamente a él no le gustaba la idea. Miguel no lo supo por el tono de su voz ni por el tamaño de sus ojos ni porque su cara se enrojecía. Lo supo por su primera pregunta, lanzada como acusación.

“¿No te recuerdas de lo que le pasó a Tío Rafa?”

Carmen Teresa estaba en la cocina haciendo un café. No los escuchaba.

“No,” confesó Miguel. No había nacido cuando murió. Sólo se hablaba de Tío Rafa para hacer cuentos de su niñez. Había preguntado cuando niño — entonces no entendía que había muerto — que en dónde estaba. Su mamá le regañó por hablar de cosas de adultos. No volvió a preguntar.

Carlos le contó:

—Tío Rafa siempre quiso una vida simple: tener un trabajo, tener una esposa, tener hijos, y ya. Nada más ni nada menos. Hasta de niño quería cosas simples. (Miguel no preguntó cómo sabría eso Carlos, que sólo era unos años mayor que él.) Nadie se sorprendió mucho cuando Rafa decidió entrar al servicio militar a los dieciocho años.

Pero sí se sorprendieron cuando, dos años después, lo mandaron fuera de Puerto Rico. (En esa época, todavía era muy extraño ir pa'llá, añadió Carlos— casi nadie lo había hecho.) Se casó con una mujer con quien empezaba a salir y ella se fue con él. Mientras estaba allá se mudó tres veces más, entre varios puestos. Le dieron una promoción y eventualmente contó en una de sus cartas mensuales que su mujer estaba embarazada.

Un año después, lo mandaron hacia la Francia. O eso suponían. No compartió exactamente a dónde iba, solamente que lo habían mandado al extranjero. La semana después de que llegara esa carta, llegó otra del ejército. Rafael Salinas había muerto al otro lado del planeta.

—Lo importante del cuento no es su muerte, sino la vida que tuvo allá, dijo Carlos.

—Existe un orden diferente. Yo mismo no lo entiendo. Es que ellos no tienen la mezcla que existe en Puerto Rico, entiendes, donde nosotros todos tenemos un poco de todo. No entienden qué hacer con Rafa ni con la esposa. (Era trigueña, dijo Carlos, con un énfasis en la palabra. La repitió y la alargó: *triigueueeeña*. Como Carmen, más o menos, pero de un carácter diferente, entiendes.)

Ahora solo se ha puesto peor la situación. Uno de mis compañeros se fue pa'llá, un muchacho de familia buena. Pero lo atacaron por usar el baño que no era. Luego no le atendieron en el hospital por la misma razón. Y eso, ni siquiera es negro. Así son las cosas por allá.

“Entonces, eso es lo que le pasó,” terminó Carlos. “Le pasó ese maldito país. Si tú quieres tirarte en la misma dirección que se tiró nuestro tío, pues bien. Pero quiero que sepas en qué entrarías.”

Carmen llegaba con el café. Había escuchado el fin de la narrativa de Carlos.

“Pero sólo es así en algunas partes, ¿no?” preguntó— y eso mismo pensaba Miguel. Benito no les había mencionado nada de eso. Quizás porque vivía en una área con muchos puertorriqueños y no sería tan mal allí.

Tanto Carmen como Miguel notaron el tono de Carlos, demasiado serio y grave para un hombre típicamente feliz y sin preocupaciones. La última vez que Miguel lo había visto así fue en el funeral del abuelo. Trató de imaginarlo en el funeral de Rafa. Carlos hubiera tenido poco menos de diez años; Miguel no nació hasta que Carlos tenía casi doce, y por eso lo imaginaba como una versión del Carlos adolescente, más pequeño pero con cara de nene de quince, molesto y triste al empezar a darse cuenta de las cosas del mundo.

De repente Miguel entendió: para Carlos, irse sería convertirse en una de esas cosas del mundo. Al mismo momento entendió también que no podía hacerle eso al hermano que casi le había criado mientras sus papas trabajaban. En realidad le debió haber preguntado a él antes de preguntarle a su papá.

“Está bien, Carlos,” dijo. “No te preocupes. Nos quedamos aquí mismito.”

Carmen lo miró extrañamente, pero dejó que cambiara el tema de la conversación. Carlos se quedó para el café, hablaron de cosas normales como si no les había convencido de la gran decisión de los últimos meses, y Carmen y Miguel no lo discutieron otra vez hasta dos semanas después.

Antes de acostarse esa misma noche, Miguel se paró en frente del espejo del baño y se miró. Sabía por los retratos e ilustraciones cómo se veían los negros de los Estados Unidos, y además por supuesto sabía cómo se veían los puertorriqueños negros. No entendía cómo era que los americanos lo entendían.

Se parecía más al papá que a la mamá. De su abuelo materno, además de su nombre, había heredado la nariz larga, que tenía también su madre, pero ese era lo único de la familia Salinas que quedaba en su rostro. A diferencia de su mamá, sus labios eran gordos pero anchos, como en un elipse casi circular, y a diferencia de sus dos hermanos, sus pómulos no sobresalían como el aspecto más notable de su cara. Tenía los ojos finos como su papá y oscuros como su mamá.

De sus hermanos, Carlos era el más pálido de piel, Juan Antonio el próximo, y Lisarda la que tenía la piel más como Miguel, aunque todavía mucho más pálida. Él era el más oscuro de sus hermanos, siempre lo había sido. Pero Carlos tenía los labios más grandes y los ojos más redondos, y el pelo de Juan Antonio cuando crecía se convertía en rizos incontrolables, y Lisarda tenía la nariz más ancha y las fosas nasales más abiertas y redondas. Se parecían — todos menos Juan Antonio tenían la misma nariz, y el color del pelo de los cuatro era el mismo tono castaño, y cuando se sonreían todos tenían el mismo hoyuelo en el lado derecho de la cara. Pero según la explicación de Carlos, para los americanos era mayormente por color de piel. Quizás ni

reconocerían que los cuatro venían de los mismos papás. Quizás dudarían que su madre y Tío Benito eran hermanos.

Mientras más lo pensaba, menos sentido tenía la idea de que algo en su cara lo identificaría como negro. Si su familia tenía una hacienda por tantos años, ¿no serían europeos originalmente? ¿De dónde salía el color de su piel, o de su madre, o de sus abuelos?

En ese momento Carmen apareció para preguntar por qué había pasado los últimos veinte minutos con los ojos clavados en el espejo tan intensamente. Le dijo que no era nada, que solamente pensaba en cosas nimias y se distrajo. No lo hablaron más.

Dos semanas después llegó su mamá Luisa a su casa para anunciar que Benito le tenía un trabajo por allá, que Miguel se comprara un pasaje y, se podría quedar en la casa de Benito hasta ganar suficiente para traer a Carmen Teresa.

Eso hizo. Lo compró. Aún con la amenaza descrita por Carlos, les parecía que valdría la pena. Si le funcionó a Tío Benito, no sería tan mal para él y Carmen. El avión salía en tres meses. Carmen se iría a la casa de sus papás hasta que pudieron comprar el segundo boleto.

Al principio se sentían seguros de su decisión, hasta que vieron el retrato del niño. Salió en el periódico. Lo mataron por casi nada, parecía, por hablarle a una mujer. Entre el retrato de él vivo y el de su cuerpo muerto ya ni se reconocía. Tenía catorce años, decía, era niño todavía, y se notaba en la cara redonda y sin ni el primer pelo de una barba. Ocurrió por allá, en uno de los estados del sur.

Después de otra noche en frente del espejo, Miguel le confesó a Carmen su primer pensamiento al leer las noticias: ¿le pudiera pasar algo así a ellos? ¿A sus futuros hijos, o a ellos mismos? Si era como decía Carlos, que por allá no entendían cuáles puertorriqueños eran negros y cuáles no, y si era como decía la noticia, que los blancos mataban a los negros sin razón, ¿qué sería de ellos si se fueron pa'llá? Ambos Carmen y él tenían rasgos en las caras de la negritud, del mestizaje, igual que todos los puertorriqueños. Había violencia en Puerto Rico, por supuesto, pero nada así de duro. Carmen no sabía cómo contestarle. Esa noche los dos se quedaron despiertos demasiadas horas con los ojos en el techo y en la pared, sin hablar más.

Entonces llegó la segunda noticia: que al hijo mayor de Benito, el que estaba en Cleveland, le habían atacado en una protesta. Estaba bien, sólo tenía golpes como los que tendría de una pelea de la escuela un poco más fuerte de lo usual: la nariz sangrienta, algunos moretones.

Emilia, la esposa de Benito, se lo contó por el teléfono que tenía la mamá de Miguel, mientras Miguel y Carmen estaban. Siempre hablaba demasiado duro por el teléfono, y aún sentados en la mesa se escuchaba la conversación. Estaba en una protesta en nombre del niño muerto.

“Dios mío, cómo están las cosas,” dijo su mamá Luisa. No les repitió el cuento. Carmen y Miguel no dijeron nada. El silencio creció en el cuarto hasta envolverlos a los tres. Cuando por fin se miraron Carmen y Miguel, cada uno notó que en la cara del otro se veía el miedo hacia hijos no nacidos y hacia el mundo desconocido justo al norte de ellos.

Cuando regresaron a su casa, finalmente lo hablaron de frente. Se sentaron en el único sofá de la sala y allí se quedaron por tres horas.

“La vida en Puerto Rico no está tan mala como parece la de allá, y aún ni siquiera estamos allá,” dijo Carmen.

“Un país que mata a los niños no es un país en el cual se debe criar una familia,” dijo Miguel.

De alguna manera tendrían que explicarlo a Carlos y Benito y los demás, pero por lo menos ellos dos estaban de acuerdo. Entendían los peligros que enfrentarían sus hijos. Eran los mismos peligros que Carmen y Miguel habían enfrentado en su niñez, y sus papás y sus abuelos y sus bisabuelos. Quizás no sería lo ideal, al fin de todo, pero podrían proteger lo suyo de la mejor manera posible.

Desde entonces, lo decidieron. Miguel no se montó en el avión.

2017

Llegué tarde. Quería irme en el primer avión que saliera, aunque probablemente tendría que pagar el pasaje por el resto de mi vida y aunque la pobre Alejandra me matara en el momento en que regresara. Cuando escuché por fin de Mami y Papi, después de cuatro días, me calmé y decidí esperar. Alejandra venía a mi casa cada fin de semana y trataba de ayudarme, aunque no había mucho que pudiéramos hacer ninguna de las dos. Yo no dormía y sabía que ella tampoco.

Al paso de una semana del paso del huracán María, sabíamos de casi todos. Mami y Papi estaban bien, su casa bien, incluso el carro bien. Lina perdió parte del patio de afuera, que era de madera. Juancho y su esposa Diana perdieron la casita de Toa Baja, como el resto de los de Toa Baja, pero se fueron a vivir en el apartamento de su hijo Héctor, que aunque estaba cerca de la costa de San Juan había sobrevivido con inundaciones mínimas. Héctor mismo se montó en la camioneta que compró baratísima hace dos años y se fue al otro lado de la isla para averiguar cómo estaba la familia de su novia en Aguadilla, y en ruta se encontró con Marisol quien había perdido el techo entero de la casa de Arecibo, y desde entonces se quedaba con Lina para no sobrepoblar el apartamento. Lorenzo y sus gemelos se fueron para Florida antes del huracán anterior, Irma, y allí se quedaron, “nada más hasta que pase María,” dijeron. Hasta la Carla apareció en la casa de Mami y Papi para anunciar que estaba bien y preguntar cómo podía ayudar. Cada vez que llamaban me contaban de otra persona y qué le quedaba y qué no.

Así estaba la cosa: algunos sin techo, algunos sin casa, todos sin luz y sin agua, y después de dos semanas Ricky no conseguía manera de encontrar las pastillas que tomaba diariamente. Pero todos vivos, parecía, y nadie en alguna crisis que no se pudiera resolver.

Después de la muerte de Tío Carlos, Tío Nuño se hizo voluntario para cuidar la casa vieja del difunto en las montañas de Caguas. Se jubiló y vendió su propia casa y se mudó. Poco antes, su esposa lo había dejado, desde entonces estaba sólo, allá en la altura.

Nadie de por acá se comunicó con él antes de María. Ni recuerdo cuándo fue la última vez que hablé con él. Dos semanas después de María, Papi nos mencionó por teléfono que “Nuñito” se quedó allá arriba durante el huracán y todavía nadie sabía de él.

“¿Cómo que por allá?” preguntamos.

“Pues, en la casa esa de Carlos,” dijo, casual.

Alguien tenía que ir a ver cómo estaba. Mami y Papi estaban muy cómodos en la casa y ninguno de nosotros queríamos que se arriesgaran trepándose montaña arriba. El resto de la familia que estaba allá todavía se enfocaba en sobrevivir o reconstruir techos. Papi dijo que tampoco iba a mandar mi hija para que se encontrara con Tío Nuño y él empezara a decirle cosas por su ropa y su maquillaje y los tatuajes y qué sé yo más. Además yo no había usado mis días de vacación en mi trabajo desde la graduación de Alejandra y tenía suficientes para irme sin perder el trabajo. Quedó claro la decisión.

Nuestra prima de Cleveland me regaló el pasaje, y aunque no quería que me lo pagara tampoco tenía el dinero. Me dijo que era su contribución para la familia Salinas. No le dije que yo ya no tenía ese nombre, ni que nunca me había pensado parte de algo Salinas en mi vida entera. Le di las gracias y creo que, por algo de nuestra sangre compartida o por alguna experiencia compartida, entendía que yo no podía pagarle ni el tercio de lo que gastó.

Entonces, me fui. Carla me recogió del aeropuerto en el carro de Lorenzo. Me guió por el pueblo hasta llegar a la casa de Mami y Papi en Bayamón. Pasamos por mi escuela primaria y la tienda de juguetes donde tuve mi primer trabajo.

¿Cuántas cosas podría contar de la situación de nuestro país en esa época? Fue como un sueño, ver las calles y los edificios de mi niñez destruidas e inundadas, y ver los árboles limpios sin hojas en un país en el cual siempre estaban llenos y verdes. Como en el funeral de María Luisa, cuando Héctor de bebé vió el cuerpo y preguntó por qué dormía en esa mesa. Como cuando Abuela cumplió ochenticinco años y se enojó con Abuelo porque no estaba aunque había muerto casi diez años antes. Así estaba el país.

Si miraba la casa de Mami y Papi e ignoraba los alrededores, parecería que nada había cambiado. Todavía tenía las mismas ventanitas pequeñas, la misma puerta de madera (que por algún milagro no se dañaron), y el carrito azul todavía estaba en la marquesina como si nada. Si pudiéramos borrar los árboles caídos en la calle y restaurar los cables de teléfono y electricidad, a lo mejor volveríamos a lo normal de antes.

De los vecinos no se podía decir lo mismo. Los de un lado ahora tenían un árbol que partía la cocina y la sala en dos. Los del otro lado tenían la casa bien pero el carro voló hasta quedar en medio de la calle boca abajo, donde el poste de la esquina lo destruyó.

Al interior de nuestra casa la historia era distinta. No se sabe por dónde entró el agua, pero entró como quiera e inundó la mitad de la casa, incluso el cuarto en donde tenían todos los álbumes de fotos de las bodas de todo el mundo y las graduaciones y los bautizos, y los libros de Abuela que tenían todos los récords de la vieja hacienda de Humacao.

Habíamos tenido suerte. Lo mayor que sufrieron Mami y Papi durante el huracán fue el pánico de la tormenta y la ansiedad de estar encerrados en esa casita tantas horas sin saber qué pasaba. Lo mayor que sufrieron después de que pasó fue el pánico de la falta de comunicaciones y agua y luz y la ansiedad de estar todavía encerrado en la misma casita.

Como todos, sufrieron la espera. Fueron un día al banco para sacar dinero en cash. Les tomó el día entero, ocho horas pasaron en la fila. El siguiente día fueron al supermercado. Cuando al fin lograron entrar después de otra fila de seis horas, ya no quedaba nada. Se les había acabado hasta el agua.

Me dicen que lo peor de todo era que se habían preparado para una crisis de algunos días, no para una crisis de uno, dos, tres meses.

Cuando llegué, los dos salieron para saludarme y los tres lloramos de la emoción. No pude aguantarlo más. Hasta ese momento lo había mantenido todo embotellado en el interior. Hicieron un café con agua de botella en la mini-estufa eléctrica y lo tomamos sin leche. Me contaron lo que había pasado en los últimos días. Cada uno tenía una lista entera, escrita por Mami, de los familiares que todavía estaban en la isla y si habían escuchado de ellos. Les tomó tres días completarlo, me dijeron. Ya sabían de toda la familia íntima (la que verdaderamente conocíamos). Con la excepción única de Tío Nuño. Casi todo el mundo se había encontrado con Héctor o con Ricky, quienes parecían tener una suerte increíble para tropezarse con gente en el pueblo y en los boquetes de recepción en los que había señal del teléfono, todos al lado de la carretera.

Ambos Mami y Papi trataron de ir a la casa de la montaña, y ambos volvieron porque no pudieron cruzar las calles con árboles y puentes caídos. Pensé en ese momento que a mi no me

importaba si tenía que caminar seis millas para encontrar al primo de Papi. Todos los demás de su época ya estaban muertos hace años. Tío Carlos había sido el último. Papi era el más joven de cuatro hermanos y unos cinco primos en la isla. A Mami le quedaban dos primas, también entre las últimas. Mis hermanos todos se habían ido de casa, y por supuesto todavía visitaban a Mami y Papi, pero cada uno tenía su propia vida en otros pueblos y no podían pasar todos los días en la casa de su niñez.

El primer día que estuve allí, me levanté demasiado temprano y fui a hacer compra en el supermercado Pueblo que estaba cerca de casa. Por las filas me tomó el día entero conseguir lo que necesitaban. El día después, me fui para las montañas.

De acuerdo con los reportes de Héctor y Ricky, sólo se podía subir hasta cierto punto en carro, hasta enfrentarse con dos árboles que se habían caído uno encima del otro. Rompí algunas ramas pequeñas y pude cruzar por un espacio estrecho al borde de la carretera. Tenía una mochila con un flashlight y unos snacks y tres botellas de agua. El camino no era tan malo como habíamos pensado. No era demasiado inclinado, ni pasé tanto tiempo caminando antes de llegar a la casa.

Si a los diez años, cuando jugaba en la casa todos los veranos, me hubieran enseñado un retrato de ella ahora, no hubiera podido identificarla.

Faltaba todo el segundo piso. Las paredes de cemento seguían allí, al igual que el piso del segundo nivel. Ni siquiera el techo seguía en el lugar correcto sino que estaba tirado en el suelo al frente de la casa. No quedaba nada. Quizás los pedazos que crucé de camino le pertenecían a

la casa de mi tío. Quizás otros pedazos estaban en el terreno del vecino a la base de la montaña. En lugar de la ventanita donde Lina siempre se sentaba para leer, había un hueco tan grande que se veían los muebles mojados del cuarto de visita. En lugar de la puerta entre la marquesina y la cocina, había pedazos de plástico y vidrio. La marquesina todavía estaba.

Saqué mi teléfono y tomé un retrato de lo que había sido la casa. Lo mandaría a mis hermanos y mis primos más tarde cuando tuviera señal. Acá arriba ni tenía que intentarlo para saber.

Caminé por la casa entera. Entré por la marquesina. Noté que el carro no estaba, lo cual debía significar que Tío Nuño lo llevó a algún lugar, o alguien lo robó. La cocina estaba llena de comida de lata. Había varias botellas de cerveza vacías en el counter y en la mesa, pero eso no era sorpresa. La mitad del cuarto de visita se derrumbó durante el huracán y seguía al aire libre, la alfombra mojada de la llovizna de ayer, unos lagartijos felices corriendo por la pared. Subí por las escaleras, todavía intactas. Había baches de lluvia y cantos de madera por todos lados. No había paso hasta los otros cuartos de la casa, pero como no había paredes podía verlos claramente desde allí.

No encontré a Tío Nuño, lo cual de cierta manera me alivió. La noche antes había soñado que lo encontré muerto en la cama, su cuerpo medio podrido, cubierto por moscas y gusanos. Su ausencia invalidaba el razonamiento de Papi. Tenía que admitir que no sabíamos nada de él y no lo encontraríamos fácilmente. ¿Cómo se busca a un hombre en un país donde la mitad de la población ha sido desplazado?

Al rato regresé a mi carro. Fui a las casas de los vecinos. Casi todas estaban tan destruidas como la de Nuño. Encontré que la casa a la base de la montaña todavía estaba, y los

residentes también. Entré y les hablé un rato. No sabían de mi tío, tampoco habían escuchado de él desde antes de María, pero sabían que muchos de los que no se fueron a la casa de algún familiar se fueron al refugio más cercano. Me dieron la dirección y fui en seguida. Pero ya estaba vacío, cerrado. No había nadie, ni siquiera otros carros en el parking.

Durante mi visita, mi padres me habían encomendado a visitar a las residencias de varios familiares de mis amigos y los amigos de mis amigos y así por el estilo. Tenía una lista de diez residencias que visitar.

Todos entendíamos que no lo lograría en todos los casos, y así fue: no encontré a todo el mundo que buscaba. Quizás andaban con Nuño en algún lado. Era totalmente posible que se hubieran ido a la casa de algún otro familiar al último minuto, o que estuvieran en un refugio, o en el hospital.

Para los que sí encontré, se complicó aún más el asunto. Parecía que me había hecho famosa por ser la primera de mi clase en irse de la isla. Las familias de los que se fueron a veces entendían, y a veces no. Los que me conocían de antes fueron las visitas más complicadas. Me preguntaron de mi esposo aunque estoy segura que sabían que al primer aniversario de habernos ido de Puerto Rico yo me había quedado sola con mi bebé. Me preguntaron cómo estaba mi hijo y les dije que tenía hija, no hijo, aunque cuando nació la noticia era que tuve un hijo. Y más que nada me preguntaron para qué volví, después de treinta años de sólo visitar para algunos funerales.

Al primero le contesté que no tenía el dinero para comprar un pasaje de quinientos pesos cada año, y me preguntó por qué me fui si no por el dinero. El segundo también me preguntó si era porque odiaba a la isla. El tercero me dijo que aún cuando su casita de madera se había destruido, como la de Tío Nuño, no abandonaría a sus antepasados, y menos para irse con los americanos.

La cuarta, en vez de preguntar, me dijo que entendía que solo viniera para funerales, para despedirme de lo muerto y lo pasado. El país pos-María también era un velorio.

¿Qué se suponía que dijera? ¿Que todavía se puede salvar la isla, o que no? ¿Que prefiero el yo-no-me-quito sobre el odio hacia nosotros los que nos vamos al primer chance? ¿Que me alegra haber abandonado a mi gente, o que cada día lo paso triste y sola por haberme ido?

El mundo no funciona de manera tan binaria, me hubiera gustado decir. Ojalá que fuera así, sería mucho más fácil tomar decisiones y abandonar a las personas que te han hecho mal. Quizás en ese mundo alguien habría reconstruido aquella isla en pedazos.

La llamada vino de un hospital cerca de la montaña donde estaba la casita. Llamaron a Papi. No habían podido conseguir ningún otro familiar, con la excepción de la esposa de hace unos años, que al escuchar de quién era la noticia les colgó el teléfono.

No tenían información sobre cómo murió Nuño. Tampoco tenían información sobre qué se había hecho con su cuerpo, ni siquiera si lo tenían en la morgue o si lo habían incinerado. Solo habían encontrado la hora de defunción en los archivos.

El día después de la llamada Papi se fue al hospital para investigar qué rayos hacían si no tenían récords de los muertos. Yo me fui con él. Encontramos un hospital sin luz. Tenían una planta eléctrica pequeña para servicios esenciales, pero nada más. No había aire acondicionado. Las enfermeras usaban unos flashlights para ver lo que escribían. La mitad del edificio estaba cerrada por completo. Entramos y una enfermera que pasaba me dijo que mandaría a alguien para ayudarnos “en un momentito, mi amor.”

Después de cuarenta minutos de espera, Papi se levantó del banco en que nos sentábamos e hizo una mueca, como queriendo decir: “No se puede hacer nada aquí. Vámonos, para no distraerlos de los tíos muertos de otras familias.”

Regresamos a casa sin noticias algunas de Tío Nuño. Mami no nos preguntó nada tras vernos las caras. Papi se encerró en su cuarto y no nos habló por unas horas. La cena esa noche se comió en un silencio incómodo. Mi hermano Lorenzo vino a saludar. Fue él quien logró sacar a Papi del cuarto. Entonces se sentó en el sofá, todavía calladito.

Después de eso compré el boleto para regresar. Papi se mejoró un poco antes de que me fuera. Salí desde el aeropuerto de Aguadilla y pasé el último día con una amiga de la secundaria que se había mudado a Mayagüez para no tener que cruzar la isla entera la mañana del vuelo. Las plantas eléctricas del aeropuerto no funcionaban ese día, y tenían cinco empleados que te escribían los boarding passes a mano y le informaban en un pequeño radio al empleado en la puerta de embarque quién llegaba y quién no. Al hombre que estaba sentado a mi lado en el segundo avión le gustaba hablar demasiado, y cuando le dije de dónde viajaba me dijo que qué

pena eso del huracán, que él tenía boletos para un crucero que se había cancelado y no le habían devuelto el dinero todavía.

El día que me fui todavía no sabíamos nada más de mi tío. Un mes después, el hospital seguía sin luz. Dos meses después, ya la tenían, pero un tercio de los empleados se habían ido de la isla. Seguimos sin saber. Creo que Papi fue al hospital otra vez para averiguar. Si consiguió algo, nunca me lo contó. Al principio uno lleva una cuenta de cuántos días pasan. Después de pasar cien, uno empieza a cansarse de los números. La vida sigue.

Bibliografía anotada

Alamo-Pastrana, Carlos. *Seams of Empire: Race and Radicalism in Puerto Rico and the United States*. University Press of Florida, 2016.

Este libro analiza las conexiones entre el radicalismo y el activismo en Puerto Rico y en los Estados Unidos a través de una examinación de algunos casos específicos, incluso unos activistas de los Black Panthers que se fueron a Puerto Rico y los trabajos de Ana Livia Cordero, una activista afropuertorriqueña. En la introducción identifica varias maneras problemáticas en que se ha discutido la raza en Puerto Rico y en los Estados Unidos. Dice que el hecho de que la familia ha sido la tropa más común para examinar y definir la raza mezclada en Puerto Rico crea dos percepciones: primero, que todas las familias puertorriqueñas tienen más o menos la misma mezcla racial y segundo, que la negritud se ha usado para corregir lo malo de lo español y la parte colonizadora del linaje puertorriqueña. Usé este libro para ayudarme a mejor formar mi propia crítica de estas percepciones incompletas sobre la raza en Puerto Rico.

Anderson-Córdova, Karen Frances. *Surviving Spanish Conquest*. Tuscaloosa, Alabama: University of Alabama Press, 2017.

A través de este libro, vemos muchos detalles sobre la vida de los indígenas de Puerto Rico y el Caribe durante el período del contacto con los españoles. Se presenta evidencia cuantitativa, antropológica y textual que viene de los escritos de Ponce de León y otros españoles de la época. Anderson-Córdova identifica diferentes grupos de indígenas, cómo eran sus sociedades antes de que llegaran los españoles y cómo cambiaron después. Aunque el libro ofrece mucha información, hay varias partes en las cuales no existe la

evidencia y no se pueden saber los detalles del asunto. Sobre todo, el libro propone varias narrativas alternativas a (y más verdaderas que) las tradicionales.

Arroyo Pizarro, Yolanda. *Las Negras*. Charleston, South Carolina: n.p., 2016.

Esta antología de cuentos se trata de las mujeres negras esclavizadas en Puerto Rico.

Discute las diferentes experiencias de las mujeres nacidas en Puerto Rico y las mujeres traídas de África. Los cuatro cuentos todos representan el abuso sexual contra las mujeres negras, y dos de ellos incluyen la presencia de religiones africanas y/o la brujería. Estos temas me interesan y los quiero incluir en mi cuento de esta época. Sin embargo, me pareció que las personajes principales de los cuentos son estereotípicas de mujeres fuertes que sufren y rebelan contra las normas para su sexo y su raza. No encontré mucha complicación de la situación en estos cuentos.

Ayala, César J. y Rafael Bernabé. *Puerto Rico in the American Century: A History since 1898*.

Chapel Hill, North Carolina: University of North Carolina Press, 2007.

Éste es uno de los libros más conocidos para la historia de Puerto Rico del siglo XIX.

Funciona muy bien como una introducción a esta historia: subraya los asuntos importantes, ofrece información y análisis sobre ellos, y contiene sugerencias e ideas para investigación futura. Contextualiza nuestro momento presente en explicar hechos recientes de la historia del país. Lo utilicé tanto para el contexto de los cuentos 1901 y 1955 como para mejor entender los cambios que ocurrían en el tiempo entre esas épocas y después de ellas.

Baralt, Guillermo. *Esclavos Rebeldes: conspiraciones y sublevaciones de esclavos en Puerto Rico (1795 - 1873)*. Río Piedras, Puerto Rico: Ediciones Huracán, 1981.

En este libro demuestra el cómo, cuándo y por qué de algunas conspiraciones de esclavos en Puerto Rico. Hace referencia a la paranoia que crecía en el Caribe de esta época durante y después de la revolución haitiana. También indica cuáles de los miedos de la población no esclavizada eran fundados en hechos reales y cuáles eran exagerados. Aunque fue una lectura un poco árida, contenía muchos datos útiles y detalla unas narrativas de resistencia de las cuales no se sabe mucho. Lo usé como inspiración mientras pensaba en qué escribir para el cuento de esta época y como referencia cuando planeaba las relaciones de los personajes de mis cuentos con las conspiraciones en Puerto Rico.

Betances, Ramón Emeterio. *Los Dos Indios: Episodio de la conquista de Borinquen*. Trad. José Emilio González. San Juan, Puerto Rico: Congreso Nacional Hostosiano, 1998.

Esta obra se trata de dos hermanos indígenas en Puerto Rico, uno del cual se enamora de una joven española mientras él está encarcelado por el padre de ésta. El hermano que no está encarcelado ataca a los españoles y en la batalla mueren todos menos la española y este segundo hermano. Ella muere durante el parto de un hijo del hermano muerto. Termina el cuento el indígena sobreviviente con su sobrino mestizo en una metáfora del poder del amor que pudo vencer el odio entre los enemigos. La obra nos da una representación de los indígenas bastante bidimensional: con frecuencia se refiere a ellos como muy hermosos y valientes y honorables. Mientras tanto los españoles todos son malvados, menos la mujer, que también es muy bella y muy honorable. Aunque se utilizó en su época para legitimar el movimiento independentista, es una representación bastante simple y común en las obras y los discursos sobre los indígenas de Puerto Rico y el

Caribe entero. En mis cuentos espero complicar las narrativas de los indígenas y los españoles más.

Cooper, Sara E. "Family Systems and National Subversion in Isabel Allende's *The House of Spirits*." *Interdisciplinary Literary Studies*, Vol. 10, No. 1, 2008, pp. 16–37.

En su ensayo, Cooper explica cómo *La casa de los espíritus* construye la dinámica de la familia Valle-Trueba y el paralelo entre los ciclos de violencia dentro de la familia y sobre todo la realidad política de Chile en su época. Ofrece un análisis de cómo la conexión entre ambos conceptos, la familia y la nación, se desarrolla a través de la novela y cómo esta conexión influye la presentación de ambos conceptos en sus formas individuales. Lo utilicé como una referencia que explica cómo la familia y la historia se conectan en una obra de ficción, el cual es muy cercana a la experiencia de la autora y su familia. Además, define algunos temas acerca de la comunicación de la familia que también se pueden aplicar a mi proyecto.

Danticat, Edwidge. *Create Dangerously: The Immigrant Artist at Work*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2010.

En este libro de ensayos, la autora haitiana reflexiona sobre su obra y sus experiencias como una artista inmigrante. Comenta sobre su relación con la obra haitiana y sus antepasados, tanto su familia de sangre como otros escritores haitianos que le inspiraron a ella. En particular, analiza su rol como una escritora haitiana desde fuera de Haití y como una escritora haitiana quien empezó a leer otros escritores haitianos después de salir de Haití. En estos ensayos, la historia nacional, familiar y personal son una sola historia que se cuenta a través de narrativas creativas, sean de ficción o no. Usé estos ensayos para

reflexionar más sobre mi propio rol como escritora diasporryqueña e inmigrante, y también como un ejemplo de cómo escribir sobre la historia de una manera creativa.

Deagan, Kathleen. "Reconsidering Taíno Social Dynamics after Spanish Conquest: Gender and Class in Culture Contact Studies." *American Antiquity*, vol. 69, no. 4 (October 2004), pp. 597 - 626.

Este artículo ofrece más detalles sobre la vida de los indígenas antes y después del contacto con los europeos. Dice qué comían (maíz, yuca, guayaba, guanábana, y varias plantas silvestres) y nos explica cómo cambiaron los roles de género después de la llegada de los españoles (no cambiaron mucho para los taínos, pero sí cambiaron en la sociedad española que llegó). También analiza por qué hay tanta falta de investigación sobre los taínos en la época del contacto: mayormente por la suposición falsa que después del principio de la conquista no existían "recognizable Taíno occupation sites" porque todos se mudaron, se murieron o fueron encomendados o esclavizados (621). El estudio toma lugar en uno de los pueblos que sí existió después de la llegada de los europeos, entonces el artículo también nos indica un poco sobre cómo cambió este pueblo después del contacto. Aunque propone muchas ideas interesantes, como las otras fuentes sobre los indígenas de esta época nos hace muchas preguntas y sólo ofrece respuestas para algunas.

Díaz, Junot. "Apocalypse: What Disasters Reveal." *Boston Review*, May 2011.

Este artículo de Junot Díaz sobre el terremoto de Haití delinea qué revela un desastre al tamaño del terremoto de 2012 y cómo entendemos la historia a través de un desastre como ese. Argumenta que no existen los desastres naturales; solamente existen los desastres hecho por los seres humanos. El terremoto de Haití no hubiera sido tan

devastante si la infraestructura del país hubiera estado mejor preparado para un desastre, o si la economía hubiera sido más estable. Haití estaba en estas condiciones por causa del contexto sociopolítico en que estaba al momento del terremoto y en que había estado desde la revolución haitiana. Para mi proyecto, comparé este entendimiento del terremoto de Haití con el huracán María. Si la infraestructura hubiera estado mejor, quizás María no hubiera sido el desastre que era. Si la relación entre Puerto Rico y los Estados Unidos fuera diferente, quizás se hubiera resuelto más rápido. Sin embargo, el desastre “natural” y sus consecuencias no se pueden divorciar del contexto social en que ocurrió.

Findlay, Eileen J. “Portable Roots: Latin New Yorker Community Building and the Meanings of Women’s Return Migration in San Juan, Puerto Rico, 1960–2000.” *Caribbean Studies*, Vol 37, No 2, 2009, pp. 3–43.

Gerima, Haile, director and producer. *Sankofa*. Channel Four Films, 1993.

Esta película se trata de una mujer negra del presente que se transporta a una hacienda en el sur de los EEUU durante la época de la esclavitud, donde se enfrenta con sus raíces y brega con tantos sujetos como la religión, el género, la familia y cómo se define, la posibilidad de insurrección, y las posiciones jerárquicas entre los esclavos impuestos por los hacendados. La película argumenta que los esclavos muertos podían regresar hacia África a través del océano para estar otra vez unidos con sus familias, incluyendo los otros esclavos en sus comunidades y su familia natural en África. Aunque los detalles históricos de la película no me sirven, como toman lugar en los Estados Unidos donde tenían una sistema de esclavitud muy diferente a la de Puerto Rico y mucho de Latinoamérica, me hizo pensar más en la vida de personas esclavizadas durante esta

época y cómo sus experiencias se relacionan con experiencias de personas afrodescendientes hoy en día.

Hayward, Bayesford. "Letter to Rev. Dr. Martin Luther King, Jr." 7 February 1962. Martin Luther King Jr. Center for Nonviolent Social Change, Digital Archives. The King Center, Atlanta, GA. Accessed January 2018.

Esta carta fue escrita desde un señor estadounidense que vivía y trabajaba en Puerto Rico, con el propósito de informar a Dr. King cómo eran diferente las relaciones entre las razas en Puerto Rico comparado con los Estados Unidos. Detalla qué es la situación en 1962 y añade unos comentarios acerca de la obra de Dr. King y cómo se aplicaría en Puerto Rico. Aunque en mi cuento, tengo puertorriqueños quienes se imaginan cómo es la situación en los EEUU, utilicé esta carta como una fuente primaria sobre dónde se entendía que quedaba Puerto Rico en el discurso sobre el movimiento por los derechos civiles de afrodescendientes en los EEUU.

Hogrefe, Pearl. "Self-Exploration in Creative Writing." *College English*, Vol 2, No 2, 1940, pp. 156–160.

Aunque es muy corto, este ensayo hace claro un proceso por el cual se puede escribir creativamente en el contexto de las experiencias del autor. Por la mayor parte de los cuentos contemporáneos, utilicé como fuente primaria mis propias experiencias, en combinación con la ficción y la no ficción sobre puertorriqueños en la isla y en los EEUU y también sobre personas de otras diásporas. Mayormente para el último cuento sobre las consecuencias del huracán María, como existe poca literatura sobre ella, usé casi enteramente experiencias personales y familiares como fuente. Incluyo este ensayo aquí

para dar más entendimiento acerca de cómo funcionó el proceso de tomar inspiración de mis experiencias sin copiarlas exactamente.

Jiménez de Wagenheim, Olga. *Puerto Rico: An Interpretive History from Pre-Columbian Times to 1900*. Princeton: Markus Wiener Publishers, 1998.

Este libro me ha servido como un resumen de la narrativa histórica de Puerto Rico a grandes rasgos. Me gusta que además de describir los eventos centrales de cada época también analiza la percepción de esos eventos y discuta cómo se ha entendido en diferentes momentos. Al final de cada capítulo, sugiere más lecturas sobre el tema, muchos de los cuales he encontrado ya en mi bibliografía.

LaCroix, David. “To Touch Solid Evidence: The Implicity of Past and Present in Octavia E. Butler’s ‘Kindred.’” *The Journal of the Midwest Modern Language Association*, Vol 40, No 1, 2007, pp. 109–119.

Aunque no ofrece tanto como los otros artículos sobre la obra de Octavia Butler, este ensayo define un término (“implicity”) que es central a mi trabajo en este proyecto.

“Implicity” sugiere que el presente existe en parte por lo que ocurrió en el pasado y la conexión entre ambos se tiene que reconocer de una manera tangible. LaCroix también nos dice que el presente es implicado en el pasado, en el sentido de que comparten una responsabilidad y las personas se inclinan a definir y pensar en el presente en términos del pasado, aunque sea sus experiencias vividas o la historia de su familia, su comunidad y/o su nación.

Latorre, Sobeira. “Caribbean Crossings: The Historical Fictions of Julia Alvarez and Ana Lydia Vega.” *Journal of Caribbean Literatures*, Vol 7, No 2, 2013, pp. 1–14.

A través de este ensayo se comparan *In the Time of the Butterflies* de Julia Alvarez y *Falsas crónicas del sur* de Ana Lydia Vega con un lente en sus presentaciones de las historias marginalizadas de la República Dominicana y de Puerto Rico respectivamente. El ensayo también analiza la manera en que Alvarez se ha considerado una escritora latina en los EEUU, mientras Vega se ha considerado una escritora puertorriqueña o caribeña, y la distinción entre las dos categorías ha hecho que las obras de las dos autoras no se comparan extensivamente. En este proyecto he intentado abordar los dos “lados,” las culturas del diáspora y de la isla, como propone hacer este artículo. También encontré muy útil el análisis del uso del inglés y el español en las obras de Álvarez y Vega para considerar cómo he usado el idioma en este proyecto.

Morris-Suzuki, Tessa. “Unfettering the Mind: Imagination, Creative Writing, and the Art of the Historian.” *Bearing Witness*. Ed. Doug Munro and Jack Corbett. ANU Press, 2017. 231–246. Print.

Aunque no discuta directamente ningunas obras que he leído o que me inspiraron para este trabajo, este artículo discuta los mismos temas en el contexto de las diásporas asiáticas, como la de migrantes indios en Fiji y migrantes coreanos en Japón. En particular, Morris-Suzuki argumenta que la escritura creativa, conjuntamente con otras formas de creación como la poesía, pueden analizar las áreas no claras de la historia que lo académico no logra entender. La literatura puede hacer preguntas sin ofrecer respuestas específicas, que lo tradicional de lo académico suele evitar. Esto es particularmente apropiado para la literatura que hace borroso la línea entre la historia y la ficción.

Oliver, José R. "Up in Arms: Taíno Freedom Fighters in Higüey and Boriquén." *Caciques and Cemi Idols: The Web Spun by Taíno Rulers Between Hispaniola and Puerto Rico*.

University of Alabama Press, 2009.

Este ensayo es un capítulo de un libro sobre las prácticas religiosas de los indígenas en Puerto Rico (Boriquén) e Hispaniola (Higüey). Dentro de su enfoque en la religión, presenta las batallas y otros conflictos entre "freedom fighters," indígenas quienes resistieron la conquista española en recoger armas. Presenta el rol de la religión en la sociedad taína y algunos otros detalles sobre su organización social, particularmente en tanto a las relaciones entre diferentes caciques y cómo ellos se unieron contra los españoles. Lo leí para esta información contextual sobre su sociedad y también para empezar a entender los métodos de resistencia que experimentaban los indígenas en Puerto Rico y en el Caribe entero.

Picó, Fernando. 1898: *La Guerra Después de la Guerra*. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1987.

Me gustó mucho este libro porque, además de entrar en los detalles de la situación política y económica durante y después del año 1898, entra en detalles de lo cotidiano: qué cambió en la vida diaria de los puertorriqueños y qué pasó que les afectaba. Por ejemplo, detalla una sequía de varios meses al principio del 1898 y cómo esta sequía influyó los cambios instituidos con el gobierno nuevo. También explica muy claramente cuáles son las confusiones y malentendimientos sobre esta época, quizás el más importante de las cuales es la idea de que los EEUU o civilizaron a un Puerto Rico pobre o destruyeron la paz de un Puerto Rico agrario. Esta idea la veo aún hoy en día y traté de incorporar una crítica de este binario en mis cuentos.

Robertson, Benjamin. “‘Some Matching Strangeness’: Biology, Politics, and the Embrace of History in Octavia Butler’s ‘Kindred.’” *Science Fiction Studies*, Vol 37, No 3, 2010, pp. 362–381.

Este ensayo influyó mucho de mi proceso de entender cómo la historia de un país y una familia se pueden representar en la experiencia de un ser humano y en una obra de ficción. El argumento central es que, aunque la historia no es la culpa de los personas del presente, todos tenemos que enfrentarnos con la realidad del pasado. Ignorarlo o negarlo sería también negar la resistencia de nuestros antepasados y reescribir el significado de nuestras vidas. Cada persona tiene que enfrentarse con su historia, aunque sea personal, cultural, nacional, biológica, etc., para poder sostener su identidad. En *Kindred*, no se puede separar la historia del cuerpo de la protagonista porque ella viaja a través del tiempo para vivir con sus antepasados y ver qué experimentaron. Aunque mi proyecto no incluye un elemento tan directo como éste, he intentado incluir algunos conceptos similares que argumentan para la necesidad de mirar con ojos fijos a nuestro pasado y linaje.

Rushdy, Ashraf H.A. “Families of Orphans: Relation and Disrelation in Octavia Butler’s *Kindred*.” *College English*, Vol 55, No 2, 1993, pp. 135–157.

Este artículo propone muchas de las mismas preguntas en que yo pensaba cuando hice la propuesta para este proyecto. ¿Qué es la familia? ¿Cómo se brega con la historia de una familia a través de tantas situaciones complejas de Puerto Rico? Rushdy nos explica cómo estas preguntas se desarrollan a través de los hechos de *Kindred* y qué respuestas nos ofrece Butler. Argumenta que al entender la historia la protagonista Dana logra un

entendimiento más profundo del presente, pero para lograr este entendimiento Dana tiene que enfrentar amenazas físicas y psicológicas. Su definición y conocimiento de su familia ha cambiado drásticamente al fin del libro, como ocurre entre el prólogo y el último capítulo de este proyecto.

Vega, Ana Lydia. “Nosotros los historicidas.” *Esperando a Loló y otros delirios generacionales*.

San Juan: Universidad de Puerto Rico, 1994. 101–111. Print.

En este ensayo, la escritora puertorriqueña Ana Lydia Vega identifica parte de lo que me llevó al propósito de este proyecto: no saber la historia (nacional, cultural o familiar) y querer entender de dónde somos. Dice que la literatura puertorriqueña ha sido un medio para entender la historia y el lineaje, y ofrece los ejemplos de su propia obra y la obra de Ramos Otero. Vega describe cómo en el caso específico de Puerto Rico la literatura se convierte en un diálogo entre el pasado y el presente.

White, Trumbull. *Our New Possessions*. New York: n.p., 1898.

Quise leer el capítulo de este libro sobre Puerto Rico para mejor entender la percepción de los EEUU hacia Puerto Rico en esta época. Hay varias secciones dentro del capítulo sobre Puerto Rico: una sobre la historia de Puerto Rico, otra sobre la economía puertorriqueña, otra sobre la comida, otra sobre las experiencias del autor cuando viajó a Puerto Rico y se quedó en varios hoteles. Sus suposiciones sobre “the puertorriqueñan,” como él dice, revelan muchos detalles sobre la vida en los EEUU y en Puerto Rico. Sin embargo, hay un límite a lo concreto que se puede entender desde esta perspectiva.

Utilicé esta fuente para alcanzar algunos de los detalles de los encuentros entre los EEUU y Puerto Rico, pero solamente me funcionó acompañada por otras fuentes.